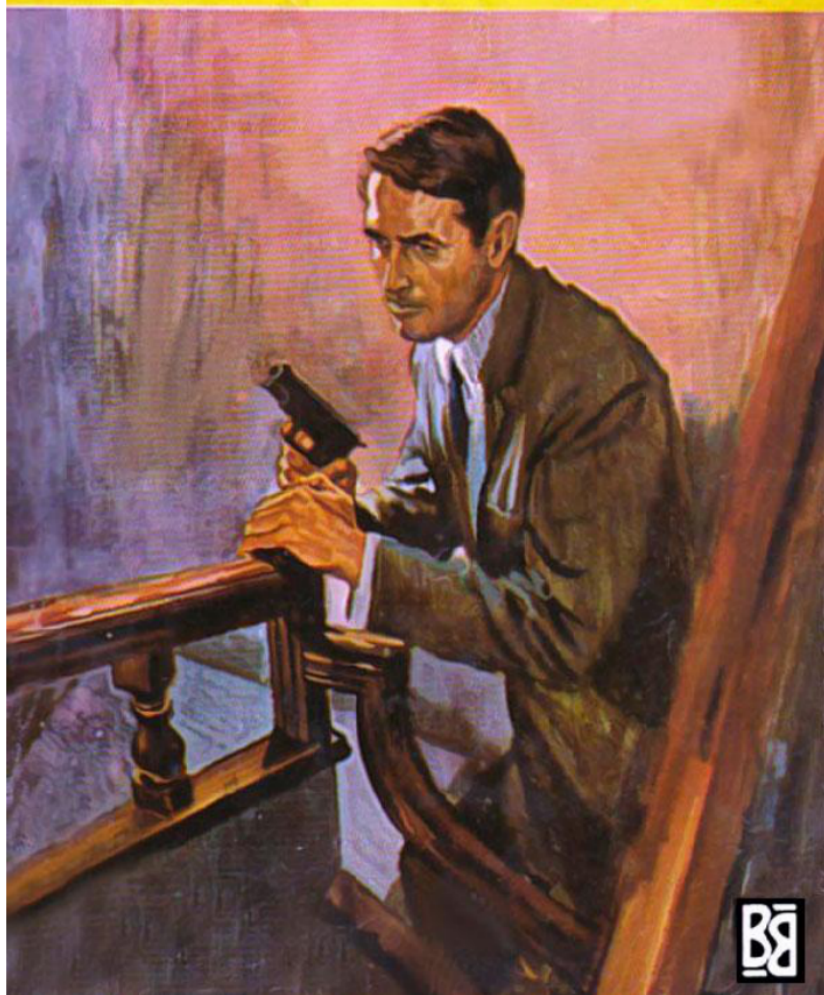


PUNTO
ROJO

tan sólo un cadáver

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



VERA NASH

MATT STEWARD



BURTON HARE

TAN SOLO UN CADAVER

Colección **PUNTO ROJO** n.º 291

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 28.996 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre, 1967

© BURTON HARE - 1967
sobre la parte literaria

© JORGE NUÑEZ - 1967
sobre la cubierta

© PEÑAA - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

888 — Cuando todo termine

898 — El comité del crimen

En Colección PUNTO ROJO:

279 — Un *gun-man* llamado Coleman

284 — La noche negra

288 — Con la muerte auestas

En Colección ALTO SECRETO:

6 — El FBI al acecho

En Colección ARCHIVO SECRETO:

147 — Se necesita un cadáver

155 — Destino: el infierno

164 — Un crimen tras otro

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

268 — Tres criminales para un crimen

Capítulo primero

Generalmente, el acto de poner en libertad a una persona es mantenido discretamente en silencio, especialmente si la persona lo solicita así.

Mas ése no era el caso de Giuseppe Curzio.

A Giuseppe Curzio le encantaba aquella clase de publicidad. Mientras recogía sus cosas en la oficina policíaca podía oír el excitado runruneo de los comentarios en la calle, delatando que un gran número de personas se habían congregado allí única y exclusivamente para verle salir, libre y victorioso una vez más de la ley.

El sargento encargado del trámite le miró con dureza.

—¿Está todo conforme, Curzio? —Gruñó.

—«Señor Curzio», para usted, patán.

—Señor bastardo, para mí, asesino.

Curzio dio un respingo. Contempló la cara tensa del sargento de uniforme, aquellos ojos chispeantes de furia mal contenida y se estremeció. Pensó que estaba perdiendo poder y facultades si un miserable sargento de policía se atrevía a tanto..., habría que hacer algo al respecto.

—Le va a dar una apoplejía, sargento —espetó con falso humor—. Le mandaré un calmante cualquier día de éstos.

—¿Desde cuándo han cambiado el nombre de los pistoleros? Ahora se llaman calmantes... ¡Puaf!

Escupió a través de la mesa. Curzio palideció hasta la raíz de los cabellos. Cerca de él, un hombre de impecable vestimenta, delgado, con gafas montadas en oro, murmuró una advertencia. Curzio gruñó:

—Está bien, Jack, no voy a romperle los dientes a ese imbécil, no temas. Pero ajustaremos cuentas un día u otro. Nadie me trata

así y se queda tan fresco.

El sargento se levantó despacio. Sus ojos echaban chispas.

—¿Puedo considerarlo como una amenaza, bastardo? —indagó.

—No responda, Curzio.

La voz de su abogado contuvo a éste. Sonrió con un esfuerzo y acabó de repartir los objetos en sus bolsillos. En aquel momento, un joven vestido de paisano, alto, fuerte y con una cabeza grande coronada de cabello encrespado, apareció procedente de una dependencia interior y se detuvo en seco al ver al *gángster* y a su abogado.

—¿Todavía sigue aquí, Curzio? —masculló—. Por algo olía esto a podrido. Lárguese de una maldita vez.

El abogado se volvió en redondo.

—Teniente, haré constar que todos ustedes están provocando brutalmente a mi cliente, insultándole, formulando casi acusaciones que...

—¡Cierre la boca!

—¡No puede usted...!

—¿Le gustaría un buen puñetazo en los dientes, picapleitos?

El amenazado pareció encogerse, perder estatura. Aquel hombre de más de seis pies era un coloso a su lado y la furia destellaba en su mirada como fuego líquido.

—Oirá usted hablar de mí, teniente —siseó al final.

—Estoy seguro. Cuando sea presentado usted ante una corte de justicia.

Curzio masculló:

—Vámonos de aquí, Parkins. No son más que palurdos con un sueldo miserable al cabo del mes.

Ambos hombres se dirigieron a la puerta. Fuera, dos agentes impedían que el tropel de reporteros subieran la escalera de acceso. Hubo un enorme revuelo cuando el *gángster* y su abogado aparecieron en la puerta. Los relámpagos de los *fiases* chispearon como un blanco y brillante incendio y se originó un remolino, con todos los reporteros tratando de acercarse a los peldaños para ser los primeros en interrogar al hombre que se había burlado de todas las leyes escritas y de las que estaban todavía por escribir.

Sonriendo triunfalmente, Curzio empezó a descender la escalera de piedra, escoltado por su picapleitos personal. En la puerta, detrás

de la pareja, surgió la alta y fornida figura del teniente Levering, el policía que tanto había luchado para presentar aquella acusación de asesinato contra Curzio.

—¿Qué te parece eso, Parkins? —rió el *gángster*—. Soy el más grande en la actualidad. Toda la Prensa está a mis pies.

Soltó una estruendosa carcajada que retumbó sobre el tumulto.

De repente, un seco estampido sonó en alguna parte, ahogando las voces y la carcajada triunfal. Detrás del primero, otro disparo atronó la calle. Curzio se había detenido. Sus rodillas empezaron a doblarse y su cara se contrajo con una mueca absurda. La risa le murió en la garganta, al tiempo que él moría también bajo los impactos de las balas.

Todavía hubo un tercer disparo, en el instante en que Curzio se desplomaba escaleras abajo de cabeza, pero este último balazo rebotó contra los peldaños con un violento aullido metálico.

Se había hecho un silencio expectante, increíble. Los chispazos de las cámaras fotográficas no habían cesado ni un instante, captando la muerte de uno de los más grandes criminales que habían conocido los tiempos.

Luego, pareció como si se desatara el infierno. Los reporteros salieron disparados en todas direcciones en busca de teléfonos desde los que dar cuenta a sus redacciones del suceso increíble, mientras los fotógrafos todavía aprovecharon para sacar más placas del cadáver, del petrificado abogado y del vociferante teniente Levering, que disparaba órdenes a los guardias como una ametralladora.

Después, hasta los fotógrafos se alejaron de allí ante el temor de que la policía encontrase cualquier triquiñuela legal para confiscarles las cámaras. Y ya sólo quedaron el teniente, los policías, el abogado y algunos curiosos mantenidos a distancia por los guardias de uniforme.

Levering, después de examinar el cuerpo, se enderezó y miró al abogado con sorna.

—¿Quién va a pagarle ahora sus servicios, embrollón? —indagó con mortal sarcasmo.

Jack Parkin se estremeció.

—Usted parece alegrarse de esto, teniente. Lo lamentaré. Yo me encargaré de eso.

—Seguro, seguro... Puede acusarme de la muerte de su valioso cliente...

—Lo haría si alguna de las balas le hubiese penetrado por la espalda.

Levering señaló las azoteas del otro lado de la calle.

—Es desde allí donde han disparado, Parkin... Qué lástima que el tirador haya tenido tan buena puntería, ¿eh? Si sólo hubiese desviado un poco el arma hacia la derecha...

—Yo también estaría muerto ahora —acabó el abogado por él, rechinando los dientes de ira.

—Justamente. Y la ciudad hubiese quedado más limpia. Y ahora, largo de aquí, sucio picapleitos. Al lugar donde Curzio ha ido no va a necesitar sus servicios.

Parkin, temblando de rabia, se precipitó calle adelante hacia donde había dejado su rutilante «Cadillac» último modelo. Los helados ojos de Levering estuvieron siguiéndolo hasta que lo perdió de vista. Sólo entonces, se volvió hacia los detectives de su sección, que se amontonaban a su lado, y dijo:

—Iremos a dar un vistazo a esas azoteas, muchachos.

Uno de ellos comentó con voz ominosa:

—Espero que el tirador haya tenido tiempo de largarse lejos de aquí..., ha hecho exactamente lo que yo hubiera querido llevar a cabo de no ser por esa chapa de colores que llevo en el bolsillo.

Levering miró de manera irónica al detective, se encogió de hombros y atravesó la calle seguido de tres de sus hombres.

La gente se había ido amontonado formando un semicírculo que los guardias se esforzaban por contener. Algunos reporteros, después de haber dado la noticia a sus respectivos jefes de redacción, regresaban al lugar, del crimen para tratar de sacar todo el material posible a la situación.

En el suelo, en medio de su propia sangre, Giuseppe Curzio, el gran jefe, el todopoderoso del hampa, el *gángster* que había hecho temblar a toda la ciudad, yacía como un guiñapo, sin poder y sin fuerza, sin que le valieran para nada los poderosos valedores políticos que le ampararon en vida a cambio de dinero...

No era más que un cadáver.

Capítulo II

Durante una serie de días, la noticia fue exhaustivamente explotada por los periódicos. Grandes titulares, fotografías, artículos habilidosamente compuestos para que no pudieran ser demandados por libelo...

Las gentes se empaparon de la historia criminal de Giuseppe Curzio. Contemplaron su efígie hasta la saciedad. Puede decirse que, mientras duró la expectación por la muerte del gran hampón, los periódicos tuvieron resuelto el problema de buscar noticias. Luego, días más tarde, el hecho empezó a perder actualidad y fue sustituido en las primeras páginas por otras noticias más importantes...

Mas, no todo el mundo leyó la historia de Curzio con el mismo estado de ánimo. Por ejemplo: Para el fiscal fue un alivio. Ni más ni menos.

El fiscal veía su reelección en el alero a causa de que sus detectives se habían mostrado incapaces de proteger al único testigo que existía contra Curzio. El testigo y toda su familia estaban alojados a cuenta del Estado en el *Hotel Grant*, con tres detectives de la fiscalía permanentemente a su lado. Aquel testigo había visto a Curzio disparar contra su rival Angelo Daporta. Su declaración, junto con los demás informes que se poseían, podía llevar al gran Curzio a la silla eléctrica.

Entonces, una noche, alguien consiguió llegar hasta la habitación del testigo y asesinó a éste y a su esposa. Nunca se encontró la menor pista del asesino, ni se pudieron averiguar los medios de que se valiera para llegar hasta sus víctimas, pasando por la red protectora de los detectives de la fiscalía.

Sí, el fiscal respiró mucho más tranquilo cuando se enteró de que Giuseppe Curzio había mordido el polvo.

También sintieron una íntima satisfacción por ello, los hijos del matrimonio asesinado.

E incontables ciudadanos amantes de la ley y el orden, anhelantes de una paz que los pistoleros impedían, celebraron en silencio el simple hecho de la muerte violenta de un hombre que había vivido en la violencia.

Igualmente, el teniente Levering no podía lamentar el crimen, aunque tuviera el deber de buscar al criminal y perseguirlo hasta el fin. No obstante, abrigaba la esperanza de que fuera un pistolero cualquiera, un rival de Curzio... de esto forma matarían dos pájaros de un tiro.

Otras muchas personas en la ciudad leyeron todo aquello con indiferencia, todo lo más, formulando algún comentario insulso respecto al fin de Curzio.

En un destartado despacho, Matt Steward había comentado al leer los vociferantes titulares de los diarios:

—Se lo andaba buscando. Al fin lo encontró.

Durante los días siguientes siguió el desarrollo de las pesquisas y los artículos sobre el *gángster* con impersonal interés, quizá para entretener la forzada inactividad a que le sometía la falta de clientes.

Luego, cuando el asunto perdía ya actualidad, la puerta de su despacho se abrió y entraron cuatro hombres. El detective privado achicó los ojos al verlos y se levantó. Era un tipo de unos treinta años, de más de seis pies de estatura, fornido como un atleta y con una cara de recias facciones y mandíbula resuelta. Llevaba el cabello cortado muy corto y eso contribuía a darle un aspecto casi agresivo.

Reconoció a dos de los visitantes. Señaló los dos butacones maltratados de que disponía y dijo:

—Dos de ustedes tendrán que estar en pie. ¿En qué puedo ayudarles?

—Ahora lo veremos.

El que había hablado era un hombre de pulcro aspecto y lentes con montura de oro.

—Mi nombre es Jack Parkin —se presentó—. Tal vez haya oído hablar de mí.

—Seguro. Y he visto su fotografía en los periódicos. También he

contemplado alguna vez la fotografía del señor Bub Malloy.

El aludido, un tipo de aspecto torvo y oscuro, gruñó:

—Mi foto no suele aparecer en los periódicos, Steward.

—Yo me refería a la foto de su ficha policíaca...

La ironía del detective cayó como una ducha de agua helada sobre el grupo. Luego, Malloy dijo:

—Está buscando dificultades, hurón, y las encontrará si sigue así.

—¿Por qué? Todo el mundo sabe que su ficha está en los archivos de la policía. Por otra parte, ustedes han venido aquí; yo no les he llamado.

—Dejemos eso —intervino Parkin, seco—. Puesto que ya conoce a Malloy, le presentaré a los otros. Éste es Tony Gonnet..., y ese que no parece encontrarse aquí, es Jacob Mandra.

Éste se encogió de hombros. Era un hombre de hombros descomunales, cuello de toro, inclinado siempre hacia adelante como si no pudiera con el peso de sus espaldas. Un rostro inexpresivo coronaba su desagradable aspecto.

Por el contrario, Tony Gonnet era alto y bien proporcionado, delgado y apuesto. Vestía con chillona elegancia y por su actitud semejava un pavo real con la cola desplegada.

La mirada del detective privado se cansó de saltar de uno a otro de sus visitantes.

—Okey, ahora que nos conocemos todos, díganme qué quieren de mí.

Parkin carraspeó.

—Vamos a contratar sus servicios, Steward. No le discutiremos el precio, pero exigiremos resultados.

—No estoy muy seguro de que acepte el trabajo...

—Lo aceptará.

—¿Por qué está tan seguro, Gonnet?

—Porque es arriesgado ponerse contra nosotros. Si ha oído hablar de nuestros «negocios», sabrá que tenemos el poder en las manos.

—Por ese camino va a estrellarse usted —gruñó el detective con voz helada—. Odio que alguien me extorsione o amenace.

Parkin intervino, conciliador.

—Déjense de discutir como chiquillos —estalló—. Vamos a

tratar de negocios. Sé que cobra usted cincuenta dólares diarios más los gastos y...

—Cien si el caso entraña riesgo y he de ir armado.

—Exactamente, también conocía ese detalle. Nosotros le pagaremos doscientos diarios, más los gastos. Y si termina el caso a satisfacción habrá una recompensa de cinco mil dólares para usted.

—Demasiado dinero. No me gusta.

Los otros le miraron asombrados. Por primera vez, el vozarrón de Jacob Mandra se elevó como un trueno lejano:

—¿Qué es lo que le disgusta, doscientos diarios?

—No. El trabajo capas de valer ese montón de dinero...

—Sólo trabajará dentro de la Ley, con mayúscula. Buscará un asesino.

Matt dio un respingo.

—Ya veo. Quieren encontrar al hombre que mató a Curzio, ¿eh?

—Justamente.

—Ese trabajo está haciéndolo ya la policía —retrucó el detective—. ¿Creen que ellos son incompetentes?

—En absoluto. Nosotros no cometemos el error de menospreciar la habilidad de los polizontes, especialmente los de la Brigada de Homicidios. Quizá por eso estamos en el lugar más alto en la ciudad —se jactó Gonnet.

Parkin le hizo callar con una fulminante mirada.

—Sabemos que la policía está trabajando en el caso, Steward —dijo el abogado—. Pero estamos seguros que no pondrán demasiado interés en descubrir al hombre que mató a Curzio. Todos conocemos las opiniones de los polizontes respecto al pobre Giuseppe..., y nosotros necesitamos que el criminal sea descubierto.

—¿Por qué?

Todos acusaron un leve sobresalto ante lo directo de la pregunta. De nuevo fue Parkin quien masculló:

—Para que pague su crimen, por supuesto.

—Pruebe otra vez.

—Mire, Steward...

—Inténtelo de nuevo —insistió el detective con voz helada—. No me tomen por un pardillo, ¿quieren?

Hubo un largo silencio, que Steward aprovechó para encender un cigarrillo y pasear su mirada por los cuatro visitantes.

Al fin, Parkin rezongó:

—Está bien, creemos que es mejor hablar claro. ¿No estáis de acuerdo?

Los demás, con diferentes espacios de titubeos acabaron por asentir. El abogado emitió un suspiro.

—Hay un seguro por en medio, eso en primer lugar. Un seguro por valor de millón y medio.

—¿A nombre de quién?

—No empiece a pensar estupideces, Steward. El seguro está extendido en forma tal que los beneficiarios son los socios supervivientes... Todos somos socios y beneficiarios o un tiempo.

—De modo que si hubiera muerto cualquiera de ustedes, Curzio hubiera sido también beneficiario.

—Exactamente.

—Bueno, ¿dónde está el problema?

—La clase de muerte. La compañía no pagará un centavo si el asesino o inductor es cualquiera de los beneficiarios.

—Ya veo... Pero en ese caso sólo tienen que esperar a que la policía encuentre al asesino. Si no es ninguno de ustedes, la compañía no tendrá más remedio que pagar.

—¿Y cuánto tiempo transcurrirá hasta que los polizontes solucionen el caso? Además, ya le he dicho que ellos no pondrán un exceso de entusiasmo en su tarea.

—De modo que les corre prisa embolsarse ese dinero, ¿eh?

—Sí.

Fue una respuesta seca y rotunda que no daba pie a seguir por aquel camino. Matt asintió con un gesto.

—Está bien, opino que la cosa está clara ahora. Pero permítame una pregunta, señor abogado. ¿Qué pasa si descubro que el asesino es uno cualquiera de ustedes?

Gonnet dio un paso adelante en actitud agresiva. Jacob Mandra irguió el busto por un momento. Parkin hizo una mueca y movió la cabeza cachazudamente.

Por su parte, Bud Malloy miró a Matt como si lo creyera loco de remate.

El abogado murmuró:

—Eso no es posible... Todos apreciábamos a Giuseppe.

—Pamplinas, Parkin. Eso no responde a mi pregunta.

Hubo un cambio de miradas tirantes entre ellos. Luego, una vez más, el abogado dijo:

—Nos entregará sus informes a los restantes.

—De modo que deberé seguir hasta el mismo fondo del asunto.

—Hasta el final, Steward.

Éste aplastó la punta del cigarrillo en un cenicero. Con gesto maquinal extrajo otro y lo encendió. Después dijo, pensativo:

—¿Cómo, cuándo y por qué fue suscrito ese seguro?

—Hace dos años, cuando establecimos la *Globe Transport Company*. Es una empresa perfectamente legal de la que somos socios en igualdad de acciones.

—Una buena tapadera...

—Creo que está pasándose de rosca, fisgón —gruñó Gonnet apretando los puños.

Matt le dirigió una fría mirada y volvió su atención al abogado.

—Supongamos que acepto su encargo.

—Tiene que aceptarlo —insistió Gonnet una vez más.

Matt le dedicó otra mirada.

—¿Por qué diablos no se calla, o se larga al infierno, Gonnet?

Parkin impuso su autoridad. Establecida la paz, apremió:

—Siga, Steward.

—Supongamos que acepto el trabajo —repitió éste—. Y sigamos suponiendo que consigo averiguar la identidad del hombre que mató a Curzio, o que mandó matarlo, para el caso es lo mismo. ¿Qué piensan hacer ustedes con él?

La pregunta les pilló desprevenidos, pero se rehicieron en el acto.

—Entregarlo a la policía, por supuesto, pero después de obligarle a reconocer ante la ley que no actuó en nombre, o instigado por ninguno de nosotros.

—¿Y si es uno del grupo?

—Eso es una tontería, pero incluso si lo fuera, cosa prácticamente imposible, le exigiríamos que declarase que no obró por cuenta de los demás. Mejor aún, tendrá que admitir que el resto de nosotros desconocía por completo sus propósitos.

—Entiendo. ¿Eso es todo?

—Creo que sí.

—Aceptará un anticipo. Deberá ser cuantioso, por cuanto esta

clase de asuntos requieren continuos gastos.

Parkin extrajo un fajo de billetes que ya debía llevar preparado de antemano.

—Aquí tiene... Mil dólares. ¿Suficientes?

—Okey, suficientes para empezar. Ahora veamos, ¿dónde estuvo cada uno de ustedes tres en el momento en que Curzio era asesinado? Parkin ya sabemos que se encontraba al lado de la víctima, por consiguiente está fuera de sospecha de momento.

Jacob Mandra farfulló:

—Me cansa ese tipo. Deberíamos enseñarle modales.

—Harán mejor en responder a mi pregunta. Si quieren que mi trabajo sea realmente eficiente deberán ayudarme. Comprobar cada una de las coartadas, a fin de descartarlos cuanto antes y poder dedicarme de pleno a la búsqueda de un desconocido. Así que, ¿quién empieza?

El abogado carraspeó violentamente. Pero volviéndose a los demás, elijo:

—Opino que Steward tiene razón. Ha de trabajar en completa libertad, ¿no es así? Adelante pues... ¿Por qué no empiezas tú, Jacob?

El desagradable individuo fulminó al abogado con una mirada asesina.

—Está bien, dale más alas todavía —refunfuñó con su voz de bajo profundo—. Pero le seguiré el juego mientras no me canse demasiado. Estaba en el

Chequer's

Club revisando las cuentas.

—¿El *cabaret*? —puntualizó Matt.

—¡Claro que se trata del *cabaret*! También pertenece a nuestra organización.

—¿Estaba usted solo allí?

—Burman, el contable, estaba conmigo. Y en el local había media docena de mujeres efectuando las tareas de limpieza. Y seis músicos ensayando... ¿Cree que todos esos testigos son suficientes?

—Sólo los que puedan asegurar que usted estuvo «todo el tiempo» allí...

—¡Maldito sea!...

—¡Mandra! —exclamó Parkin.

—Está bien... pero sus aires de polizone me ponen enfermo... Burman podrá atestiguar que estuve con él en la oficina sin moverme de allí. No salí hasta que Parkin me telefoneó para decirme que Curzio había sido asesinado.

—Bien, conforme. ¿Otro?

Tony Gonnet se pasó la mano por su impecable cabellera negra como ala de cuervo.

—No voy a salir ahora con el cuento de la caballería. Este negocio es demasiado importante. Aquella mañana la pasé en el apartamento de Marion. En realidad, llegamos al apartamento a las cuatro de la madrugada, de manera que nos levantamos muy tarde. No salí a la calle hasta que oí la noticia por la radio.

—¿Quién es Marion?

—Una de las chicas del

Chequer's
Club.

Matt hizo una mueca.

—Eso no me gusta. Esa chica declarará lo que usted le ordene. Gonnet se encogió de hombros.

—Si vamos a eso, lo mismo hará el contable del club respecto a Mandra...

—Sí, ya veo...

Miró a Malloy. Éste sonrió con sorna.

—Yo no tengo coartada alguna, fisgón. ¿Me convierte eso en el sospechoso número uno?

El detective suspiró:

—Ustedes me dan risa. Se consideran todos grandes individuos, poderosos financieros del hampa... y a la hora de colaborar en algo que les incumbe tan de cerca lo hacen tan a regañadientes como si se tratara de arrancarles siete muelas. ¿Dónde estuvo usted, de todos modos?

—Me acosté muy tarde, en mi apartamento. En consecuencia, me levanté también tarde. Vivo solo, y la mujer que cuida de la limpieza no viene hasta las doce del mediodía, de modo que ella todavía me encontró allí, en pijama. Yo mismo me había preparado el desayuno... Me enteré de la muerte de Curzio cuando viajaba en el coche hacia el centro.

—Les repito que comprobaré todo esto antes de dar ningún otro

paso. Y ahora veamos otro asunto. ¿Quién era la amiguita «oficial» de Curzio?

Gonnet respingó:

—¡No meta a Vera en esto, fisgón! —estalló, furioso.

Todas las miradas cayeron sobre él.

—¿Por qué no, se ha quedado usted con ella, Gonnet?

Éste dio un salto. Nadie pudo evitarlo. Su puño silbó al dispararlo contra la cara del detective, pero éste se movió con la velocidad del relámpago y el golpe falló. No así la réplica. Gonnet recibió el impacto de un puño como una roca que estalló contra su boca y salió dando trompicones y obscenos juramentos. Todos se habían puesto en actitud agresiva, pero no podían apartar la mirada de la rota boca del *gángster*, como hipnotizados por un espectáculo insólito.

Matt dijo con una voz amenazadora, desagradable:

—¡No vuelva a intentarlo jamás, Gonnet, porque le mataré! Jamás he consentido que nadie me golpee.

Parkin, impresionado, masculló:

—¡Estúpidos! Así es como vamos a resolver nuestros malditos problemas... Gonnet, eres tan idiota como de costumbre. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—¡Cállate!

El pistolero apretó su pañuelo contra los labios partidos. Comprobó que algunos de los dientes se le habían aflojado y emitió un sordo gruñido de dolor y disgusto.

Matt habló y de nuevo su voz helada se impuso sobre los otros.

—Espero que eso haya aclarado nuestras respectivas posiciones. Y ahora, ¿quién es Vera?

—Su nombre completo es Vera Nash. Curzio la conoció una semana antes de que le detuvieran. Se volvió loco por ella y montó un apartamento que le costó una fortuna. Luego hizo que la despidieran de la casa de modas donde trabajaba de modelo y la obligó a instalarse en el piso...

—Y ella, ¿estuvo conforme?

—Por lo menos, no lo desairó. ¿Qué mujer se hubiera atrevido a hacerlo?

—Puedo hablarle de muchas —rezongó Matt—. Bien, ¿dónde está ese apartamento?

—En los Apartamentos Florida. Pero creo que perderá el tiempo con ella —opinó el abogado—. No puede saber nada de nada. Apenas llegó a conocer a Curzio.

—Un momento. Según lo que se dice de él, siempre fue un mujeriego. ¿Quién ocupaba el lugar de Vera, antes de que ésta entrara en escena?

—Helen... Helen Mills. Puede decirse que Vera la desbancó. Pero si está usted pensando en un crimen pasional, provocado por el despecho de una mujer, olvídelo.

—No estoy pensando en nada. ¿Quedaron más o menos amigos Helen y Curzio?

—Bueno, él le entregó una gran suma de dinero como compensación. Además, Helen se quedó también con el apartamento que él montara tres años atrás, cuando la conoció.

—Ya veo... Tendré que hablar con ella también, Parkin.

Éste suspiró resignadamente.

—Número setenta de Boat Street.

—Okey. Ahora, creo que ya queda todo claro entre nosotros. Cuando tenga algo que informar le llamaré a usted, Parkin. ¿Conforme?

—Muy bien.

—Y cuando termine esos mil dólares también se lo haré saber.

—Sí, de eso estoy seguro.

Parkin logró esbozar una sonrisa. Luego, y casi empujando al belicoso y sangrante Gonnet, abandonaron el despacho uno tras otro como un bien adiestrado rebaño.

Matt recostóse en el sillón. Los muelles de éste chirriaron cuando lo inclinó hacia atrás. Colocó los pies sobre la mesa y fumó despacio un cigarrillo, repasando mentalmente la conversación sostenida con el estado mayor del crimen organizado.

No podía decir que se sintiera satisfecho de sí mismo. Honestamente, reconoció que jamás debiera haber aceptado tamaño encargo. Lo único agradable, aparte de los mil dólares que venían a sacarle de una situación apurada, era el puñetazo que le había asestado a Gonnet. Desde que le viera entrar se le había atravesado. Casi había sido un instinto de repugnancia, como el que inspira la proximidad de un reptil venenoso.

Al fin, levantándose, abrió la caja fuerte, extrajo un bien

cuidado revólver «Smith and Wesson», calibre 38. Era del tipo «Masterpiece» y su aspecto indicaba que era capaz de todos los prodigios que sus fabricantes pregonaban.

Después de revisar la carga, lo introdujo en una funda sujeta al cinturón en el lado izquierdo. Comprobó que quedaba bien sujeto y abandonó el despacho dispuesto a ganarse la recompensa de cinco mil dólares.

Empezaba la caza del hombre por él hombre.

Capítulo III

El teniente Levering colgó el teléfono y soltó una maldición entre dientes. Después de esto pensó que alguien le había tomado el pelo y su mano titubeó al acercarse nuevamente al auricular. No obstante, cuanto más pensaba en ello más inquieto estaba. Decidió que era algo digno de comprobarse, de modo que descolgó y marcó el número del domicilio privado de Matt Steward, número que sabía de memoria.

Nadie respondió a los insistentes timbrazos del teléfono. Cortó la comunicación y probó suerte en el despacho del detective privado, sabiendo por adelantado que a semejantes horas Matt ya no se encontraría allí.

Efectivamente, tampoco tuvo mejor suerte.

Colgó y se rascó la nuca, perplejo. Después de todo, pensó que Matt era un granuja con una suerte legendaria. Aquello que acababan de decirle por teléfono muy bien podía ser cierto...

Acabó por levantarse, abrir la puerta de la oficina y llamar a uno de los detectives de servicio.

—Usted conoce a Steward, ¿no es cierto, Mike?

—¿El fisgón? Seguro que le conozco. Vaya pájaro de cuenta. Recuerdo cuando se metió en el caso Julius. Fue un dolor de cabeza.

—Sí, lo sé. Búsquelo y tráigamelo.

El detective enarcó las cejas.

—¿Se ha metido en algún lío, teniente?

—Eso parece. Si no lo encuentra en los bares de costumbre aguárdelo en su casa hasta que aparezca, pero quiero hablar con él esta misma noche.

—Descuide, teniente. ¿He de tratarlo de alguna manera especial? Quiero decir, si quiere que llegue aquí «suavizado»...

—Usted límitese a traerlo. Yo me encargaré de todo lo demás.

El policía palió y Levering quedóse pensativo. Recordaba la infinidad de veces que Matt Steward se había interpuesto en el camino de la policía. Pero también recordaba que siempre había actuado en favor de la Ley, aunque sus métodos no fueran precisamente ortodoxos. Más bien podían calificarse de brutales. Sin embargo, eran extraordinariamente eficaces.

Sonrió casi imperceptiblemente. No cabía duda que Matt era un perfecto sinvergüenza con demasiada suerte... pero alguna vez debía pasarse de rosca y entonces la licencia iría a parar al cesto de los papeles.

Bien, tal vez ésta fuera la ocasión.

Eran más de las nueve de la noche, cuando el detective privado hizo su entrada en el despacho, escoltado por el policía que saliera en su busca.

—¿Qué demonios significa esto, Levering? —estalló—. Ese cosaco que me has enviado parece creer que soy algo así como el Enemigo Público número Uno...

—Siéntate.

—Estoy bien de pie. ¿Qué maldita idea...?

—¡Siéntate!

Matt achicó los ojos, alerta como un zorro.

—Okay, parece que te duele algo —se dejó caer sobre la vieja silla de madera. El teniente despidió al policía y cuando se hubo cerrado la puerta, Matt Steward masculló—: ¿Qué estúpida idea es ésta, Levering?

—¿Para quién estás trabajando?

—Podría mandarte al infierno y tú lo sabes. Nunca revelo el nombre de mis clientes.

—Sólo que éste es un caso especial, ¿eh? Y vas a hacer una excepción. ¿Para quién trabajas?

Matt sonrió. Había una lucecilla de burla en el fondo de sus pupilas grises.

—Tengo cuatro clientes. Todos a la vez.

—Deben pagar muy bien. Tu tarifa no es barata.

—La he aumentado últimamente. Doscientos diarios, más gastos, más cinco mil si cumplo a satisfacción. ¿Qué te parece?

Levering quedóse con la boca abierta, estupefacto. Cuando la

cerró lo hizo con tanta fuerza que sus mandíbulas chasquearon igual que un cepo.

Apenas sin mover los labios masculló:

—Matt, yo sabía que llegaría un momento que tendría que echarte mano. Bien, ha llegado la ocasión de hacerlo.

—¿De qué estás hablando?

—Dame el nombre de tus clientes. ¿O tendré que adivinarlos yo uno a uno?

—De modo que se trata de eso, ¿eh? —rió el detective privado.

—Adelante, veamos hasta dónde llega tu buena fe.

—¿Por qué quieres que te diga algo que al parecer ya sabes?

—Dímelo de todos modos.

Matt suspiró resignadamente. Pero sabía que pisaba terreno resbaladizo y, aunque lo disimuló, no estaba tan tranquilo como quería aparentar.

—Empieza a tomar nota, amigo. Parkin para empezar. Es el portavoz oficial, ¿comprendes? Luego puedes añadir a la lista ese gorila inquietante llamado Jacob Mandra, y a Bub Malloy, y al hermoso Gonnet, aunque es posible que en estos momentos no sea tan hermoso...

—¿Por qué?

—Hube de pararle los pies.

Levering le miró todavía bajo los efectos del desconcierto.

—¿De qué modo?

—Bueno, creo que tiene la boca partida o algo así. ¿Por qué lo preguntas, te inquietas por él?

—¡Con un demonio! Y basta de eso. ¿Aceptaste trabajar para ellos?

—Por supuesto. Tú tienes un sueldo fijo, más o menos grande... más bien menos que más —rió, sacando un cigarrillo—. Sin embargo yo debo espabilarme si quiero comer de vez en cuando y pagar el latrocinio de impuestos con los cuales mantener a la policía.

—Suelta otro párrafo y quien te partirá a ti la boca seré yo. Por lo visto no te das cuenta del lío en que te has metido... ¿Qué te han encargado esa pandilla de chacales?

—No creo que te guste si te lo digo.

—Dímelo de todas formas...

—Bien, allá va; me pagan para que encuentre al asesino de Giuseppe Curzio.

—De modo que era cierto.

—¿Qué?

—La llamada de uno de nuestros confidentes... A estas horas, la noticia debe haber llegado a oídos del fiscal. Y por la mañana lo sabrá el comisionado y se armará el gran lío... Me pregunto qué clase de basura tienes en la cabeza, Matt.

—¿Qué hay de malo en que busque a un asesino? Me pagan para que lo haga, de modo que...

Dejó la frase sin terminar, pero no hacía falta el resto para que Levering sintiera aumentar su indignación contra el detective.

—¿Supones, acaso, que nosotros no servimos para cazarlo? —resopló.

—Yo no supongo nada. Todo lo que sé es que un asesino anda suelto y que si puedo he de encontrarlo, eso es todo.

—Así de sencillo. ¿Qué esperan tus «clientes» que hagas con el asesino, si por casualidad das con él?

—Entregarlo a la policía, por supuesto.

—Sí, ¿eh?

—Ni más ni menos. Claro que primero le arrancarán una declaración.

Levering pegó un salto.

—Ya imaginaba que había algo que apestaba en alguna parte. ¿Qué clase de declaración?

—Se me ocurre que estoy siendo demasiado complaciente contigo, facilitándote toda esta información. Especialmente, dada la forma en que me han traído aquí.

—Tú no estás facilitándome información alguna. Todo esto lo sabía cuándo he mandado traerte.

—Entonces, ¿por qué no me dejas en paz? He de seguir trabajando todavía.

—¿Te gustaría perder tu licencia, Matt?

—No hablas en serio. Y ya que ha salido a relucir el asunto de la declaración...

—Sí, háblame de eso —masculló el teniente.

—Hay un seguro de millón y medio a repartir entre los supervivientes de la pandilla, ¿entiendes? Pero no será pagado un

solo centavo si alguno de ellos es el asesino o inductor de la muerte del socio fallecido. ¿Qué te parece? No me digas que sabías eso también.

—Ésta es la primera noticia.

—Ya lo suponía.

—¿Y no te sugiere nada eso? Una suma tan grande puede inducir a cualquiera de esos tipos a matar al compañero. Todos ellos son matarifes sin escrúpulos y tú lo sabes.

—Lo único que yo sé es que me pagan espléndidamente, lo demás es pura anécdota para mí.

—Está bien, sólo quería estar seguro respecto a ti. Ahora sé cuál ha de ser mi actitud en el futuro. Vas de cabeza al fracaso, Matt. Te estrellarás en este caso.

—Es posible... ¿eso es todo lo que tenías que decirme?

Levering titubeó. Luego dijo con otro tono:

—¿Qué has estado haciendo hasta ahora?

—Muy poco. Sólo comprobando las coartadas de todos ellos.

—Así que has hecho eso, ¿eh? —rezongó—. ¿Lo saben tus generosos clientes?

—Yo mismo les dije que lo haría.

—Ya veo...

—Vamos, Levering, no seas cabezota. ¿Preferirías que hubiesen contratado a otro cualquiera con el cual no pudieras contar? Tú sabes que podrían haberlo hecho. Ningún otro detective privado estaría dispuesto a charlar siquiera contigo, mucho menos facilitarte ningún informe.

—No estoy muy seguro de que sea lo que tú estás haciendo. ¿Qué más te dijeron esos bastardos para facilitarte el trabajo?

—Nada más, excepto el nombre de un par de amiguitas de Curzio.

—Ya sabemos esos nombres. Ninguna de ellas tiene nada que ver con este asunto.

—Eso quiero comprobarlo por mí mismo.

—Respecto a esas coartadas, Matt...

—Son ciertas, excepto en lo que atañe a Mallory, el cual no tiene coartada. En cuanto a los otros, y por lo poco que he podido averiguar hasta ahora, dijeron la verdad.

Levering guardó silencio unos instantes. Su mirada escrutadora

no se apartaba del rostro del detective. Al fin gruñó:

—No podrás decir que no te advertí, Matt. Este asunto es demasiado grande para ti. Es demasiado grande para cualquier «privado». Te costará la licencia.

—Bueno.

Hubo otro corto silencio. Entonces, el teniente señaló la puerta con un gesto brusco y ordenó:

—Largo, Matt. Jamás pensé que fueras capaz de aceptar tratos con asesinos.

Steward se levantó despacio. Toda expresión amistosa había desaparecido de su rostro.

—Hablando de asesinos, Levering —dijo—, tengo entendido que Curzio era uno de los más desalmados. Y no veo que ni tú ni el fiscal hicierais mucho para condenarlo.

—¡Largo de aquí!

Matt no se movió.

—Salió libre, sin que hubiera acusación alguna contra él. Por supuesto, el fiscal tenía un testigo.

El teniente se levantó, lívido.

—¡Por última vez, Matt... fuera!

—Alguien asesinó al testigo y a su mujer en las narices de los detectives de la fiscalía —prosiguió con voz helada—. ¿Y me reprochas que tenga tratos con asesinos?

Giró sobre los talones y abandonó el despacho cuando ya Levering estaba dando la vuelta a la mesa agresivamente.

El teniente se detuvo al cerrarse la puerta. Sin poder contener sus impulsos descargó un tremendo puñetazo sobre la mesa...

Pero tampoco así se sintió mejor.

Capítulo IV

Tal como Parkin había dicho, aquel apartamento debía haber costado una fortuna. También la mujer que se había quedado mirándole era fuera de serie, como si después de hacerla a ella la naturaleza hubiera roto el molde para siempre jamás.

Matt pensó que decir que era muy hermosa era quedarse lastimosamente corto. El cabello rubio le caía sobre un lado de la cara dándole una apariencia misteriosa y sensual. Sobre aquella cascada de oro las luces del amplio *hall* parecían reflejar chispas doradas. Tenía una cara pequeña y delicada en la que destacaban sus ojos intensamente azules, dando la sensación de que podían mirar con total indiferencia o con un infierno de pasión ardiendo en ellos.

Unos labios suavemente maquillados eran la expresión máxima del deseo de ser besados, como si siempre estuvieran sedientos de otros labios fuertes y masculinos sobre ellos.

Unas largas y finas piernas sostenían un cuerpo adorable de estrecha cintura, menudos y altivos senos que se dibujaban bajo la fina tela del vestido y unos hombros suavemente moldeados, de una piel fina y ligeramente tostada.

Matt carraspeó. Ella repitió su pregunta:

—¿Quién es usted y qué quiere?

—Sólo hablarle. Me llamo Steward. Tal vez le hayan dicho que vendría a verla.

—¿Quién tenía que decírmelo?

—Posiblemente, Parkin.

—¿El abogado?

—Justamente.

—No me ha informado de que usted iba a venir. Pase.

Entró y ella se dirigió directamente al teléfono. Marcó un

número después de consultarlo en una pequeña agenda y esperó, dirigiendo inquietas miradas al detective.

Cuando le respondieron dijo:

—Necesito hablar con el señor Parkin... Vera... ¿Parkin? Sí, gracias, estoy perfectamente... Ya hablaremos de eso. Escuche, hay aquí un hombre que dice llamarse Steward. Afirma que usted sabe que iba a venir... ¿Cómo?... Oh, comprendo. Sí, está bien.

Colgó, volviéndose hacia su visitante. La expresión desconfiada había desaparecido de su rostro.

—Parkin dice que es usted detective privado.

—Así es. Estoy investigando el asesinato de Curzio.

—¿Le han contratado ellos?

—Si se refiere a los que fueron socios de Curzio, sí. Con Parkin a la cabeza, por supuesto.

Ella esbozó una extraña mueca.

—Nunca dan un paso sin Parkin —dijo—. Curzio ni siquiera abría la boca sin su consentimiento.

—Es un picapleitos muy listo.

Ella se quedó mirándolo unos segundos. Había una expresión indescifrable en sus profundos ojos.

—¿Quiere beber algo, señor Steward? Un *whisky* tal vez...

—Gracias, con un poco de hielo, por favor.

Observó los armoniosos movimientos de la muchacha. Recordó a tiempo que había sido modelo, lo cual explicaba la alada gracia de sus pasos.

Después de preparar dos bebidas regresó junto a él, ofreciéndole una.

Después de probar el licor, Matt dijo:

—He venido aquí con una serie de preguntas preparadas para formularle. Ahora, después de conocerla, creo que es inútil que la interroge. No es usted la clase de mujer que había imaginado.

—Piensa que soy una cualquiera con suerte, ¿no es cierto?

—No.

—Trata de ser amable, pero es eso lo que está imaginando. Está diciéndose que fui la amante de un *gánster*... Y el caso es que no llegué a serlo... ¿puede usted creerlo?

—¿Por qué no?

Ella le miró escrutadoramente.

—Ya sé que no lo cree. Nadie lo creería, viendo este apartamento. Pero...

—No tiene necesidad de darme explicaciones. No he venido para eso.

—¿A qué ha venido pues?

—Por ejemplo, para preguntarle quién cree usted que mató a Curzio.

Ella se echó atrás en la butaca en que se había sentado.

—¿De veras cree que yo puedo saberlo?

—No. Sólo le pregunto quién cree usted que lo hizo.

—Bueno, no lo sé... Apenas llegué a conocer a Curzio ni a los demás. ¿Pudo ser alguno de sus socios, señor Steward?

—Pudo ser cualquiera.

Apuró su bebida. Estaba fría y buena. No supo por qué razón sentíase deprimido en presencia de aquella hermosa muchacha.

—Fue una cosa terrible —habló ella—. De todos modos, Curzio estaba acostumbrado a la violencia.

—¿Sabía usted que había cometido asesinatos y toda clase de delitos? Aparte de ordenar a sus pistoleros matar a toda persona que le estorbaba, por supuesto.

—Todo el mundo parecía saberlo...

—No obstante, aceptó este apartamento y lo que semejante regalo comportaba.

—¿Quién podía negarse a los deseos del gran Curzio? —replicó ella con amargura. Luego retrucó—: Usted también ha aceptado trabajar para los socios de él.

—Tiene usted razón, he sido un estúpido. Perdóneme.

—¿No tiene nada más que preguntar?

—No creo que sirva de mucho formularle preguntas a usted. Podría intentar averiguar si Curzio le confió algún dato importante sobre sus negocios, o respecto a sus socios, algo que pudiera servir de base para una sospecha contra cualquiera de ellos. Hay muchos más preguntas por el estilo que podría hacerle... pero inútilmente a mi entender.

—En efecto, Curzio no habló conmigo de nada de eso. ¿Cree usted que desconfiaba de sus socios?

—Desconfiaba hasta de su sombra. ¿Le vio usted en compañía de alguien extraño antes que lo detuvieran?

—No... siempre lo vi a solas.

—Empiezo a pensar que he aceptado un trabajo que es demasiado difícil para un hombre solo... En fin, por lo menos me ha permitido conocerla a usted.

Se levantó. Ella hizo lo mismo y una vez más Mantra admiró sintiendo un estremecimiento ante la sugestiva presencia de la joven.

Estaba luchando por encontrar unas frases de despedida, cuando sonó el teléfono y ella le sonrió, excusándose. Tomó el auricular y diose a conocer. Luego exclamó:

—¿Parkin? Sí..., yo misma. Sí, todavía está aquí. Ahora se disponía a marchar. Un momento, Parkin:

Tendió el auricular a Matt diciéndole:

—El quiere hablar con usted. Parece nervioso.

El detective tomó el teléfono.

—Steward al habla. ¿Qué pasa, Parkin?

—Ha sucedido algo verdaderamente terrible. Venga inmediatamente.

—No me diga que han liquidado a otro de la organización.

—Nada de eso. No me gusta su sentido del humor. Venga aquí, a la casa de Curzio.

—¿Por qué a esa casa precisamente?

—No haga preguntas idiotas por teléfono. Venga.

Dictó una dirección y colgó.

Pensativo, Matt depositó el auricular en el soporte. Luego se volvió a la muchacha.

—Tal vez volvamos a vernos alguna vez —dijo—. Si se me ocurre alguna pregunta verdaderamente importante, vendré.

—Cuando vuelva será bien recibido.

—Eso me anima. Quizá invente otra excusa para poder verla nuevamente.

Estrechó la delicada mano de Vera y salió. Le costó un gran esfuerzo desprenderse del recuerdo de ella, y de su turbadora imagen, pero lo consiguió al fin y condujo preocupándose por el nuevo problema que parecía haber surgido, a juzgar por la voz alterada del abogado.

Capítulo V

Parkin estaba algo más que alterado. Se le veía lívido y auténticamente asustado. Junto a él también con expresiones de inquietud, estaban Tony Gonnet, cuyos labios aparecían tumefactos, y Jacob Mandra.

—Y bien, ¿qué demonios ocurre? —inquirió, mirándoles desconcertado.

El abogado señaló una caja fuerte empotrada en la pared y cuya puerta estaba abierta.

—La han «limpiado», Steward. Se llevaron el contenido.

—Bueno, ¿estaba así cuando la han encontrado?

—No. Estaba cerrada con los discos corridos.

Matt examinó el arca rápidamente. Después dijo:

—No ha sido violentada. Quien sea que ha abierto esta puerta conocía la combinación.

—Eso es lo que se nos ha ocurrido a nosotros. ¿Se cree usted capaz de encontrar al ladrón?

—No puedo realizar tantas tareas al mismo tiempo. A menos, claro está, que el ladrón y el matador de Curzio sean la misma persona. Dígame, Parkin; ¿quién conocía la combinación de la caja, además de Curzio?

Hubo un rápido cambio de miradas que el detective captó sin lugar a dudas. Luego, el abogado dijo a regañadientes:

—Todos nosotros, por supuesto.

—Ya veo... ¿qué contenía?

—Bueno, el acostumbraba guardar siempre fuertes sumas de dinero en esta caja. Pero no es el dinero que pudiera contener lo que nos preocupa, sino los documentos que había guardados dentro y que también han desaparecido.

—¿Importantes?

—Mucho.

—¿Qué clase de documentos?

—Estados de cuentas y cosas así. No le importa la clase de documentos que eran.

—Ya les dije que ustedes me divertían —rezongó sin pizca de humor—. Ahora quieren que encuentre unos documentos que ni siquiera sé cómo son ni qué contienen... ¿Por qué clase de mago me toman?

Gonnet habló por primera vez y su voz sonó extrañamente a través de sus labios heridos.

—Reconocerá esos papeles porque todos ellos llevan el membrete del club y son estados de cuentas. Hay dos columnas de cifras en cada hoja.

—Eso está mejor. Supongo que se refiere al Chequer's.

—Efectivamente.

—¿Quién abrió esa caja por última vez, después que Curzio fue detenido?

De nuevo, el cambio de miradas pareció establecer un signo de desconfianza entre los socios. Parkin refunfuñó:

—Fui yo. Estuve aquí para guardar algunas de las hojas del estado de cuentas. Mientras Curzio estuvo... ausente, yo me encargué de mantener la contabilidad privada al día.

—Pero los demás hubieran podido abrirla sin que usted lo supiera, ¿no es cierto?

—Sí, claro...

—A cualquier hora, supongo.

—Sí.

—¿Alguien más estaba en poder de la combinación? Alguien fuera de ustedes, por supuesto.

Parkin sacudió la cabeza.

—Nadie más excepto Curzio.

—¿Alguien sabe la cantidad de dinero que había ahí dentro?

—Cuando la abrí la última vez me fijé que se veían cuatro gruesos fajos, aunque no me entretuve en contarlos, como es lógico. Era dinero de Curzio.

—¿No había nadie en la casa durante la ausencia del propietario?

—No, en absoluto.

Matt evidenció su disgusto con un gruñido. Cada vez le gustaba menos aquel asunto.

Finalmente dijo:

—Ocurren cosas realmente asombrosas a su alrededor. Uno podría creer que hombres como ustedes controlan perfectamente sus intereses, que toda la morralla de la ciudad baila al son de su música... y sin embargo no es así.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—A esa caja. Hablando sin rodeos, ustedes forman el estado mayor más poderoso del hampa actual en la ciudad. Y un desconocido se atreve a desvalijarles con toda tranquilidad, sin necesidad siquiera de violentar esa caja fuerte. Y luego, los soplones están enterados de todos sus pasos casi antes de que los hayan dado.

Parkin dio un respingo.

—¿Los soplones? No le comprendo, Steward.

—Uno de los chivatos de la policía ha informado que ustedes me habían contratado a mí para buscar al asesino de Curzio. ¿Quién pudo saberlo, aparte de nosotros y de Malloy?

—Nadie. ¿De dónde ha sacado esa absurda idea?

—No tiene nada de absurda. Un oficial de la Brigada de Homicidios me cazó anoche. Estaba enterado de la verdad. No tuvo ningún inconveniente en decirme que uno de sus informantes le había puesto al corriente.

—¡No es posible!

—Miren, no me hagan perder más tiempo. Eso es cierto, y yo sé lo que me costó escabullirme. ¿Cómo pudo filtrarse eso?

Otro cambio de miradas entre ellos. Matt tuvo la intuición de que la desconfianza mutua empezaba a hacer mella en aquellos hombres, acostumbrados a desconfiar por sistema.

—Es inaudito... —murmuró Parkin—. Y encima, el robo de los documentos.

Gonnet soltó una maldición. La manera como miraba al detective, hablaba de sus sentimientos hacia Matt.

—Me gustaría estar seguro de que es cierto lo que dice el fisgón, Parkin. ¿No será que fue él mismo quien fue con el soplo a los polizontes de la Brigada de Homicidios?

Matt suspiró, conteniéndose. Pero le espetó:

—¿Dónde le gustaría que le sacudiera esta vez, Gonnet?

—¡Ya basta de eso! —estalló Parkin—. Hay cosas más importantes de que ocuparse.

Todavía furioso, Matt dijo:

—A juzgar por cómo habla Gonnet, mis servicios no son satisfactorios, de modo que si quieren que abandone el caso lo haré encantado. ¿Qué deciden?

—No diga más estupideces. Usted seguirá hasta el final. Gonnet está nervioso, eso es todo. ¿Le parece que sería interesante sacar las huellas dactilares que puedan haber en la puerta del arca?

—No, sería una pérdida de tiempo. Un fulano capaz de perpetrar ese robo no es ningún aficionado. Seguro que utilizó guantes.

—Entonces, ¿qué se propone hacer ahora, Steward? —quiso saber el abogado—. Ya se habrá dado cuenta de la importancia que tiene para nosotros el tiempo. Es preciso recuperar esos papeles y destruirlos. Dedíquese a eso por entero, muchacho. Nuestra confianza en usted es ilimitada.

—Conforme, pero Gonnet hará bien en cambiar de rumbo conmigo, o el trato se irá al infierno. En cuanto a lo que me propongo hacer, no es cosa para discutirla en una asamblea.

Sin prestar atención a las miradas asesinas que Gonnet le dirigía, Matt volvió a revisar la puerta de la caja fuerte. Indudablemente, no había sido violentada en absoluto.

Desde allí, casi con entera indiferencia, exclamó:

—A propósito, Parkin; ¿hay algún heredero directo de Curzio?

—¿Heredero?

—Algún familiar quiero decir. Ya sé que todos ustedes son herederos de él en lo que atañe al seguro.

—Nunca he sabido que Curzio tuviera parientes... Su mujer murió hace muchos años, antes que escalara posiciones. Desde entonces ha vivido siempre solo, con esporádicas aventuras amorosas. ¿De dónde ha sacado esa idea?

—Era una de tantas, olvídalo. ¿Han revisado la casa para asegurarse de que no falta nada más?

—¿Cree que el ladrón vino por algo más que por el contenido del arca?

—Cualquiera sabe...

—Ya que lo ha mencionado, lo examinaremos todo.

—Avísenme si encuentran a faltar otras cosas.

Giró sobre los talones y se fue. Realmente, aquello era un laberinto sin posible salida.

O había una tan fácil que resultaba condenadamente buena, gracias precisamente a su sencillez.

Capítulo VI

Aquella muchacha era casi tan espectacular como Vera, excepto quizá que tenía más años y más experiencia. Y un concepto de la vida que la convertía en cínica, como si ya estuviera de vuelta de todo. Y, por supuesto lo estaba.

Era muy morena, con ese cutis aceitunado que resulta adorablemente exótico y que hace que uno se pregunte si habrá algunas zonas en su cuerpo que conserven el color blanco original de la piel o no. Sabía cómo moverse imprimiendo un suave movimiento de rotación a sus caderas, aunque sin llegar a ninguna exageración.

También sus ademanes, de manera instintiva, estaban encaminados a realzar su ardiente femineidad.

Matt comprendió que tendría infinidad de dificultades con ella, de manera que fue directamente al grano. Pero ella le atajó:

—He esquivado a los periodistas desde que Curzio murió. Todos ustedes son lo mismo, sucios ensucia cuartillas. No espere que le diga ni una palabra sobre él.

—Yo no soy periodista, Helen.

—¿No? Pues tampoco es policía. Los huelo a distancia.

—Sí, se le nota que tiene experiencia...

—¿Eso es una especie de insulto acaso?

—En absoluto —rió el detective.

—Está bien, acabemos. ¿Quién, o qué es usted?

—¿No cree que no está en situación de hacer preguntas, ricura? Más bien se encuentra en un lío, si se detiene a pensarlo.

—¡No me diga!

El asintió con un gesto.

—Así es. La muerte de su «protector» va a acarrearle muchas dificultades.

—Vaya, una fábula. Usted debe estar loco si espera impresionarme con esa patraña.

—Baje de las nubes, linda. Usted estaba resentida con Curzio por haberla apartado de su lado. Otra la desbancó y él la echó a puntapiés. Por eso le odiaba.

—A que me sale ahora con que yo lo maté...

—O mandó matarlo, que viene a ser lo mismo.

—¡Pero qué fantasía! ¿Tiene muchas ideas como ésa en la cabeza?

—Todo un surtido. Sólo he de ir a contarlas a la policía y empezarán las dificultades para usted.

—Ahora empiezo a verlo; un chantaje... ¿De veras cree que podrá sacarme dinero?

—Yo no he dicho que quiera sacarle dinero. Todo lo que le pido es colaboración.

—Voy de sorpresa en sorpresa. Y a todo esto, todavía no me ha dicho quién es usted.

—Llámeme Matt simplemente. Por lo demás, soy detective privado.

—¡Un fisgón! Debí imaginarlo... Todos ustedes son iguales. Pero esta vez ha equivocado el camino. No me sacará nada... ni dinero ni colaboración, sea de la clase que sea.

—No se precipite. ¿Qué pasaría si alguien registrara su apartamento, Helen?

La ex amante de Curzio frunció el ceño.

—Nadie lo hará. No hay nada de interés aquí. Ni pistolas, ni tanques, ni ametralladoras. Soy una chica pacífica, usted sabe...

—Me doy perfecta cuenta. Ahora volvamos a hablar con seriedad. ¿Qué le parece que sucedería si la policía se presentara ahora aquí para efectuar un registro?

—Que se llevarían el mayor chasco de su vida. Lo mismo que va a llevarse usted. ¿Qué podría buscar aquí la policía, el arma del crimen?

—Tal vez.

—Ahora no me cabe duda que está loco.

—Si se valió de un cómplice, de un matarife a sueldo éste debe disponer de un escondite seguro para sus armas. Son sus herramientas de «trabajo», así que debe guardarlas en un lugar que

estén a mano. Y éste es un lugar tan bueno o más que muchos otros.

—Si no fuera porque me fastidia usted, su fantasía me divertiría.

—Tal vez al final no tenga usted ganas de reír. ¿Puedo dar un vistazo por aquí, Helen?

—¡Por supuesto que no! ¿Quién demonios se cree que es?

—No empiece a alborotar, querida, porque voy a hacerlo de todos modos y usted se estará quietecita... o los compinches de Curzio vendrán a hacerle una visita.

—Conque ellos, ¿eh? Pude haber imaginado que trabajaba para esa pandilla de asquerosos granujas.

Matt captó el relámpago de pánico que por un instante brilló en los hermosos ojos negros de la muchacha. Supo entonces que el triunfo era suyo y sus ideas se afirmaron más que nunca.

—Así es —reconoció—. Todo depende del informe que yo redacte para ellos.

—¿Un informe sobre mí?

—Naturalmente. Puedo hacer que crean que usted está involucrada en la muerte de Curzio y en algo más.

—¿Algo más? —repitió ella, como un eco.

—Unos fajos de billetes y unos documentos. Porque fue usted quién se los llevó de la caja fuerte que Curzio tenía en su casa. No lo niegue porque sólo conseguirá empeorar su situación.

Ella retrocedió, pálida y temblando.

—¡No puede probar nada! —Casi gritó—. Yo no lo hice...

—Usted conocía la combinación de la caja porque hacía años que estaba al lado de Curzio. Cuando supo que él había muerto...

—¿Ahora ya no me acusa de haberlo matado?

—Recuerde que estoy exponiéndole lo que yo contaré en mi informe. Tal como le decía, cuando se enteró por los periódicos que su amiguito del alma había caído asesinado, pensó que había llegado la hora de resarcirse de una vez por todas de todo lo que él le había hecho. Por consiguiente, o mucho me equivoco, o fue a la casa y vació la caja. La estupidez por su parte, consistió en llevarse los papeles también. Debía haberse conformado con el dinero.

—Eso es monstruoso... no puede hacerme esto a mí...

—Ya lo creo que puedo. A menos, por supuesto, que me entregue los papeles. Puede quedarse con el dinero y nadie sabrá una palabra de que fue usted quien hizo el trabajo.

Repentinamente, Helen rompió a llorar y fue a derrumbarse sobre un lujoso diván tan grande como una cama. Pausadamente, Matt se le acercó y sentóse a su lado. Encendió dos cigarrillos y le dio uno a la muchacha, diciéndole:

—Tome, fume y tranquilícese. Nadie le hará nada si devuelve esos papeles. Su nombre no aparecerá en mi informe.

Helen siguió sollozando. Se llevó el cigarrillo a los labios pero fue incapaz de chupar de él.

—Odiaba a Curzio —dijo como un susurro—. Yo se lo di todo a lo largo de años y años de soportarlo... Y cuando encontró otra que le pareció más bonita que yo... entonces me echó como a un perro viejo y sarnoso. Por eso lo hice... merecía mucho más de lo que me dio... y sabía que en la caja siempre había dinero.

—Está bien, pequeña; ya le he dicho que no tiene natía que temer.

Ella levantó los ojos al fin y su mirada suplicante estaba húmeda de lágrimas.

—¿De veras no me delatará?

—Le doy mi palabra.

—Pero tendrá que decirles cómo los ha conseguido...

—Nunca revelo mis métodos ni mis fuentes de información.

No podía decirle que posiblemente ni siquiera entregaría aquellos documentos, según la importancia de los datos que figurasen en ellos. Pero la muchacha estaba tan ansiosa por creerle que ya no vaciló más. Levantándose, entró en una habitación y volvió a los pocos momentos con un puñado de papeles en la mano.

—Ésos son todos los documentos que había allí... no he entendido nada de lo que hay escrito en ellos. Casi todo son números...

Matt los examinó apresuradamente. Vio las dos columnas de cifras y algunas anotaciones. Comprendió que la columna de la izquierda eran los ingresos y la de la derecha los pagos gracias a algunas de las notas que acompañaban a las cantidades. Pero había muchas cifras que sólo iban acompañadas de unas letras en clave. Era preciso estudiar aquello con calma.

Los dobló cuidadosamente, guardándolos en un bolsillo. Helen fumaba entonces nerviosamente y de vez en cuando dirigía miradas cargadas de temor al hombre corpulento que tenía al lado.

—Matt —susurró.

—¿Más tranquila?

—Sí... creo que sí. Usted... usted no es como ellos. No pertenece a su clase.

—Bueno, no crea que soy ningún angelito por eso.

—No, ya lo sé. Usted es rudo, y fuerte y estoy segura que no les teme...

—Recuerde que trabajo para el grupo.

—Sí, pero no les teme.

—¿Y usted sí?

—¡Oh, Dios, y hasta qué punto! Usted no los conoce... no sabe de lo que son capaces. Hay momentos en que dudo que puedan existir seres tan salvajes y despiadados, inhumanos.

—Helen, quiero hacerle algunas preguntas todavía. ¿Está en condiciones de escucharme?

—Ya pasó.

—Usted debe haber leído todos los reportajes sobre la muerte de Curzio.

—Sí.

—Por su posición mientras estuvo con él conoce sus interioridades, los hombres que se movían a su lado. ¿Quién supone que lo mató?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Cualquiera de ellos sería capaz de matar a los otros para adquirir más poder, más dinero y más fuerza.

—Eso no aclara nada. Sabemos que ninguno del grupo mató por su propia mano a Curzio. Juzgando la manera como fue asesinado, es indudable que fue obra de un profesional, un asesino frío y calculador... ¿puede usted pensar en alguno de los que cobraban de Curzio?

—No... en realidad, él no mantenía esa clase de tipos en sus nóminas.

—Vamos, Helen; todo el mundo sabe la clase de gente que Curzio tenía a sus órdenes.

Ella sacudió la cabeza obstinadamente.

—Están en un error. Tenía matones a sueldo, conocidos por todo el mundo, es cierto. Pero no se valía de ellos para matar... Traía un pistolero de Detroit.

Matt sintió un escalofrío.

—¿Está segura?

—Sí... lo supe hace poco tiempo. Yo estaba convencida de que Curzio, desde que poseían negocios florecientes y lícitos, ya no empleaba más violencia que la necesaria para mantener el orden en sus locales de diversión. Quedé aterrada cuando escuché su conversación con Gonnet sobre el pistolero de Detroit.

—¿Y ellos sabían que usted había escuchado?

—No...

—Puede decir que volvió a nacer, muchacha. Siga.

—Eso es todo lo que sé, pero nunca lo declararé ante un jurado. Sería tanto como firmar mi sentencia de muerte... Todavía no sé cómo he confiado en usted.

—Porque adivina que estoy a su lado, a pesar de todo. ¿Oyó el nombre del pistolero?

Ella asintió con un gesto. Luego musitó:

—Fradý Haines.

—Pero nunca lo vio.

—No, nunca.

Como si hablase consigo mismo, Matt gruñó:

—Debieron utilizarlo para matar al testigo. ¿Sabe también lo que le pagaba Curzio?

—¿A Haines?

—Sí.

—Oí que pedía cuatro mil dólares. Por lo menos, ésa fue la cantidad que Curzio le dijo a Gonnet. Recuerdo que éste se puso furioso porque dijo que era demasiado dinero por un trabajo tan sencillo.

—¿Hay algo más que pueda decirme sobre esto, Helen?

—No, Matt. ¿Qué cree que debo hacer ahora, marcharme de aquí?

—Si ellos no sospechan que está enterada de eso, no tiene porque abandonar este apartamento. No la molestarán.

—No es solamente por ellos.

—¿Por qué entonces?

—Por todo lo que me rodea... estas paredes tienen tantos recuerdos desagradables... Hay ocasiones en que las odio y entonces quisiera huir lejos de ellas... y de la ciudad.

—Bien, si realmente es eso lo que quiere hacer, ahora tiene dinero para marcharse. Incluso opino que posee capital suficiente para instalar algún pequeño negocio en cualquier ciudad donde nadie la conozca.

Se levantó. Ella se quedó quieta, frente a él, mirándose en sus ojos.

—Quizá es demasiado tarde para eso ya —murmuró—. Hay cosas que tardan demasiado tiempo en suceder... y otras le caen a una encima terriblemente pronto... Adiós, Matt.

El detective sonrió. Luego estrechó su mano, la atrajo hacia sí e inclinando la cabeza la besó larga y suavemente en los labios.

Luego dijo.

—Estaba deseando hacerlo desde que la he visto. Valía la pena... Buena suerte, pequeña.

Abrió la puerta y salió, cerrando suavemente a sus espaldas. Pensó que Helen Mills tenía mucha razón... Hay cosas que suceden terriblemente pronto... y otras que tardan demasiado en acontecer.

Capítulo VII

El teniente Levering acababa de entrar de servicio, lo cual era tanto como decir que estaba de un humor de perros. Quizá por eso cuando el agente de servicio fuera le avisó que Matt Steward quería verle soltó un rotundo juramento que rebotó en las orejas del joven policía como una pedrada.

—¡Tráigalo! —ordenó después—. Ese bastardo es lo mejor para producir úlcera de estómago.

Matt entró poco después, avanzó hasta la mesa y tomó asiento en la vieja y deslustrada silla.

—Tienes mal aspecto, Levering —comentó, mirando al teniente.

—Lo tenía bueno hasta que me han anunciado que estabas aquí. ¿A qué has venido?

—No eres muy amable, ¿no te parece?

—Al grano. Tengo mucho trabajo.

—Sí; ya sé; la policía siempre tiene trabajo de más. A pesar de todo quizá yo te proporcione una ración extra.

Levering barbotó algo ininteligible entre dientes.

—Bueno, no lo tomes así, amigo... En primer lugar —se apresuró a decir Matt al ver el furioso gesto de impaciencia del policía—, quiero todos los datos que haya en tus archivos sobre un individuo de Detroit... Tengo la esperanza de que sea conocido aquí.

—¿Y si no es así?

—Tendré que largarme a Detroit.

—Naturalmente, tienes los gastos pagados... ¿Quién es el tipo que te interesa?

—Su nombre es Frady Haines. Supongo que es el verdadero.

Levering oprimió un timbre. En respuesta, el mismo agente de antes asomó tímidamente la cabeza y el teniente le dio una seca

orden. El muchacho desapareció apresuradamente.

Mientras esperaban, Levering indagó:

—¿Quién es Haines y qué tiene que ver con Curzio?

—Haces demasiadas preguntas a la vez, Levering...

—Y tú respondes demasiado pocas. ¿Quién, Matt?

—Eso es lo que trato de averiguar precisamente. Si mis suposiciones son correctas, entonces intervendrás tú cerca de tus compinches de Detroit.

No tardó mucho en volver a asomar la cabeza del guardia uniformado. Con voz insegura anunció:

—No hay nada sobre ese hombre en nuestros ficheros, teniente. He mirado en los casos abiertos también, pero allí no consta nadie que se llame Frady Haines.

—Está bien, gracias —esperó a que el policía cerrase la puerta y entonces preguntó—: ¿Y ahora qué?

Matt sonreía.

—Estaba seguro que no lo encontrarían aquí.

Levering respingó.

—¿Estabas seguro que no estaba fichado y has venido a darme la lata?

—Otra vez pierdes los estribos. Sé que Haines es un pistolero de Detroit que algunas veces ha venido aquí para cumplir un «encargo». Si hubiera estado fichado, entonces yo estaría equivocado, porque los jerifaltes jamás contratan a un pistolero si ha sido detenido aunque sólo sea una vez en la ciudad.

—Ya veo...

—Ahora creo que Haines estuvo aquí...

—¿Y mató a Curzio?

—Tal vez.

Levering hizo un gesto de desaliento. Dijo:

—Debe estar de vuelta a su cubil, si realmente fue él quien hizo el trabajo. Y además una coartada a prueba de bomba en Detroit... así es cómo operan... ¿Me dirás ahora de dónde has sacado ese nombre?

—Las fuentes de información son sagradas para mí y tú lo sabes.

Lentamente, con parsimonia, extrajo el fajo de documentos y los extendió sobre la mesa del policía, diciéndole al mismo tiempo:

—Lee esa novela, Levering, y a ver qué conclusiones sacas...

A medida que avanzaba en la lectura, Matt advertía cómo iba poniéndose rígido. Una oleada de sangre coloreó las mejillas de Levering y no apartó los ojos de los papeles hasta haber examinado el último.

—¿De dónde los has sacado?

Matt suspiró:

—Secreto profesional. ¿Crees que vuestros expertos podrán descifrar esos jeroglíficos?

—No es difícil. Yo podría entender la mayoría...

—Tú eres un cerebro privilegiado. A ver, busca en la última hoja... una anotación de cinco mil dólares.

—Aquí está. Lleva unas iniciales... ¡Infiernos!

—Eso mismo he dicho yo —rió el detective—. Cinco mil dólares pagados a F. H.. Y ahora, observa la fecha.

Levering se excitaba por momentos.

—¿Qué hay de raro en ella? En todo caso no corresponde al día que mataron a Curzio.

—No, pero es el mismo día que liquidaron al testigo y a su mujer en el hotel.

El teniente casi dio un salto.

—Empiezo a reconciliarme contigo. ¿De dónde has sacado esos papeles?

—No importa de dónde los he sacado yo. Lo importante es que pertenecían a Curzio. Ahora, todos los socios andan locos buscándolos porque alguien los robó de la caja fuerte del llorado cabecilla...

—¿Tú?

—¿Yo qué?

—¿Fuiste tú quien limpió la caja?

—No, hombre... Mis habilidades no llegan a tanto.

Levering estuvo observándole un buen rato en silencio, mientras manoseaba instintivamente los papeles. Después dijo:

—Lo que me sorprende es que hayas venido a traérmelos a mí. A fin de cuentas, tú trabajas para esa pandilla.

—Seguro, pero también trabajo por la Ley. Ellos me pagan para que encuentre al asesino de Curzio y eso es lo que voy a hacer. Si luego han añadido el encargo de que también busque unos papeles, lo han hecho de manera muy vaga, sin decirme la clase de papeles

que eran porque no se fiaban de mí. Bien, yo no sé a ciencia cierta si son éstos o no los que ellos quieren.

—Ya veo... una retorcida elucubración cerebral para tranquilizar tu conciencia.

—¿Conciencia? —Matt sacudió la cabeza—. ¿Qué es eso?

Pero el teniente estaba desentendiéndose de él. Como si no se dirigiera a nadie en particular, murmuró:

—Voy a pedir a los chicos de Detroit que cacen a Haines y que lo mantengan a buen recaudo hasta que yo vaya a por él.

—Una idea excelente. Naturalmente, mantendrás esos papeles en el más absoluto secreto, ¿entendido? Muchas cosas dependen de la discreción con este detalle.

—Nadie más que tú y yo sabremos están en mi poder excepto cuando todo el asunto estalle y se vaya al infierno.

—Me parece bien.

—¿Tienes más sorpresas de este calibre, Matt?

—No quieras abusar de mi buena fe —replicó, levantándose—. Ahora he de ganarme el sustento, y de paso te toca a ti darme algunos detalles sobre la muerte de Curzio, detalles que los periódicos no publicaron. Por ejemplo: ¿con qué clase de arma le dispararon?

—Son un rifle «Remington 308» de cerrojo. Encontraron los casquillos en la azotea.

—¿Nadie vio al asesino?

—En absoluto.

—¿Ni siquiera los fogonazos?

—Tampoco, pero la verdad que nadie miró a las azoteas, ni siquiera yo. Todos quedamos petrificados mirando a Curzio.

—Comprendo.

—¿Se te ocurre algo más?

—No por el momento. Ya te veré otra vez. Recuerda que es de vital importancia que esos papeles no salgan a la luz por el momento.

—Déjalo en mis manos.

Se despidieron amistosamente. Por el momento, aquellos papeles habían significado la pipa de la paz.

Capítulo VIII

Era muy tarde cuando Matt llegó frente al edificio de apartamentos donde vivía. Como la mayoría de noches que llegaba a esas horas, todos los lugares de estacionamiento estaban ocupados, de modo que se vio obligado a deslizar el coche calle abajo en busca de un hueco donde meterlo.

Al fin lo encontró, pero tan estrecho que para salir del vehículo se vio obligado a realizar toda una serie de violentas contorsiones.

Refunfuñando, anduvo por la acera. Por alguna extraña pirueta de la mente, evocó la imagen de Vera, le gustó pensar en ella. Nunca había visto una mujer tan perfecta, de tan subyugante atractivo, tan sugestiva y delicada a un tiempo. Decididamente, debía encontrar un pretexto para verla una vez más.

Le faltaban media docena de pasos para llegar a la puerta del edificio cuando sonó el primer tiro. Una bala pasó rozando sus cortos cabellos.

El recuerdo de la sensacional rubia se esfumó cuando Matt se tiró de cabeza al suelo y rodó sobre sí mismo. Dos balas más le buscaron obstinadamente, y otros tantos estampidos repercutieron en el silencio de la noche.

Se arrastró buscando la protección de los coches estacionados. Empuñaba ya su mortífero revólver, pero no sabía dónde se ocultaban sus enemigos. No dudaba que eran más de uno a juzgar por los disparos.

Oyó unos pasos que corrían a cierta distancia, pero no alejándose sino atravesando la calle en dirección a la acera en que se encontraba. Entonces, desde el otro lado, le llegó un nuevo proyectil, sólo que esta vez pudo ver el fogonazo del disparo. El pistolero estaba agazapado detrás del *capó* de un coche. Levantó cuidadosamente el revólver, contuvo la respiración y mandó una

bala de advertencia al oculto tirador. Oyó perfectamente el aullido del proyectil al rebotar sobre la carrocería del auto.

Entonces volvió a pensar en los pasos que había oído antes. Se pegó al suelo, junto al bordillo, y escrutó las sombras de los demás vehículos estacionados.

Tardó cierto tiempo en descubrir la oscura forma que se movía lentamente, acercándosele. Apretó las mandíbulas, furioso por el cobarde y criminal ataque.

El pistolero apostado al otro lado de la calle aprovechó su inactividad para mandarle dos balas más. Pero ya muchas ventanas estaban iluminándose y no podía tardar en hacer su aparición la policía. Comprendió que los asesinos habían basado su éxito en abatirlo al primer tiro. Fallado éste, sabían que les quedaban pocas oportunidades de conseguir acabar con él. No obstante, lo intentaban hasta el último segundo.

Despacio, levantó el cañón del «Smith and Wesson» y buscó la figura que reptaba hacia él. Su dedo se curvó suavemente en torno al disparador. Lo sintió ceder con infinitesimal lentitud, y, repentinamente, estalló el disparo, y el revólver saltó en su mano, y hubo un grito agónico y el ruido de un cuerpo al rebotar contra una carrocería.

El segundo asaltante debió comprender que aquello estaba poniéndose más difícil de lo que podían haber imaginado y optó por largarse de aquella peligrosa vecindad. No hizo ningún ruido. No se vio movimiento alguno. Pero tampoco hubo más disparos.

Ya los silbatos de los policías se acercaban, e innumerables cabezas asomaban por las ventanas en busca de averiguar el resultado del tiroteo.

Matt aprovechó la confusión de aquellas gentes, ocupados en cruzarse preguntas que no tenían respuesta, para deslizarse al interior del edificio. Consiguió entrar en el ascensor antes que llegaran abajo los primeros curiosos que alborotaban en la escalera.

Una vez en su apartamento, y recordando que Levering estaba de servicio aquella noche, le llamó por teléfono, contándole lo que había sucedido.

—Quiero que ordenes a los agentes que busquen los proyectiles por toda la calle. Quizá encuentren alguno incrustado en una pared. Es importante según mi opinión.

—Está bien, voy para allá ahora mismo. ¿Estás seguro que uno de los pistoleros está muerto?

—Y tan seguro, muchacho...

Entonces colgó, tomó la guía y buscó los números de teléfono de los hombres que le habían contratado.

Los fue llamando uno tras otro, escuchando su voz hasta estar plenamente seguro que cada uno de ellos se encontraba en su domicilio.

De modo que ninguno de los cuatro grandes había intervenido en la corta batalla.

Desconcertado, se preparó café. Dejó una buena cantidad para el teniente, seguro de que no tardaría en llegar.

Tardó exactamente quince minutos en llamar a la puerta. Matt le franqueó el paso, fue a la cocina y trajo dos tazones de café negro.

—¿Cómo están las cosas abajo?

—Un tanto revueltas. Están buscando los proyectiles. ¿Quién supones que te ha dedicado ese recibimiento?

—El asesino de Curzio, por supuesto. ¿Quién otro puede ser?

—Yo apostaría por tus clientes.

—No digas sandeces.

—Supongamos que han descubierto que me entregaste los papeles a mí en lugar de correr a llevárselos a ellos. Eso sería motivo para que decidieran que estaban desperdiciando su dinero pagándote por un trabajo que no les haces.

Matt sacudió la cabeza de un lado a otro. Bebió unos sorbos de café y gruñó:

—Están todos ellos en su casa, Levering. Lo he comprobado por teléfono tan pronto he llegado aquí. Ninguno tenía tiempo de haber llegado a su domicilio después del tiroteo.

—Ya. ¿Y para qué sirven los pistoleros a sueldo? Tú mismo me has hablado de Frady Haines.

—Olvidalo. A estas horas debe encontrarse en Detroit gastando su dinero.

—Eso es lo malo, muchacho, que no está allí.

—¿Qué?

—La policía de Detroit anda buscándolo hace unas semanas para obligarle a declarar en una causa criminal contra otro fulano. Están seguros que salió de la ciudad hace más o menos un mes y no ha

regresado todavía.

—Eso parece que complica las cosas, ¿eh, Levering?

—O las simplifica, cualquiera sabe. De lo que no cabe duda es de que el pistolero que has tumbado no es Haines.

—Ya supongo que Haines no arriesgaría el pellejo como lo ha hecho ese idiota. ¿De quién se trata?

—Un tipo llamado Grath; una especie de lobo solitario permanentemente en alquiler para trabajos sucios. Además, un drogadicto en estado agudo.

—Bueno, entonces los traficantes han perdido un buen cliente. Me gustaría saber quién le ha pagado para que me volara los sesos.

—¿Qué me dices de tus generosos clientes?

—Oh, no; ellos esperan que les haga cobrar el seguro de millón y medio presentándoles al criminal en bandeja de plata. En cuanto a los documentos, tengo la completa seguridad de que no saben una palabra.

—La excesiva confianza es tan peligrosa como una pistola en las manos de un niño, Matt.

—Está bien, no es necesario que te repitas tanto. Viviré más prevenido de ahora en adelante. ¿Has pedido a Detroit que te manden una foto de Haines?

—Seguro. Quizá a estas horas ya estará en mi despacho. La envían por teléfono. También un historial completo del fulano. Y ahora, a ver si me entero de algunas cosas. ¿De dónde sacaste el nombre de Haines?

—Todo lo que puedo decirte es que supe que Curzio lo había utilizado algunas veces. Parece ser que venía de Detroit, cumplía el «encargo» y volvía a marcharse inmediatamente. Ésa es la táctica acostumbrada de esos asesinos a sueldo.

Levering permaneció pensativo un buen rato, engullendo el café casi frío. Profundas arrugas de preocupación habían aparecido en su despejada frente.

Cuando habló lo hizo despacio, como si pensara furiosamente en otra cosa al mismo tiempo.

—No cabe duda que lo intentarán otra vez, Matt...

—Me encontrarán preparado. Pero por la mañana reuniré a los gerifaltes y te aseguro que les arderán las orejas.

—Cuida que no te ardan a ti los sesos. ¿Puedes soportar un poco

de publicidad relacionada con el ataque?

—Naturalmente. Puedes decir la verdad de lo sucedido.

—Okey, quizá te conviertan en una lumbrera a raíz de esto. Te avisaré para la encuesta.

—Gracias, Levering. En el fondo no eres tan malo como la gente cree.

—Sí, ya sé algo de eso.

Al quedar solo, Matt se entretuvo en limpiar cuidadosamente el revólver. Luego repuso los cartuchos gastados por otros nuevos y se dispuso a meterse en la cama.

Entonces se le ocurrió algo más. Miró el reloj, decidió que la hora no era impedimento y realizó una llamada.

Oyó sonar el teléfono al otro extremo de la línea una y otra vez. Ya desesperaba cuando alguien lo descolgó. Una voz armoniosa, pero soñolienta, preguntó:

—¿Quién está ahí?

—¿Vera?

—Sí, pero ¿quién es usted?

—Matt Steward. ¿Se acuerda de mí?

—Sí, claro que le recuerdo. Pero ¿qué ocurre para que me llame a estas horas?

—Bien, podría decirle que ansiaba oír su voz y no le mentaría...

Escuchó una leve risa al otro lado.

—Es un buen motivo para arrancarme de mis hermosos sueños —dijo la muchacha—. Pero presumo que hay otros más poderosos...

—Ése es el más importante. Sin embargo, quería preguntarle algo, en efecto...

—Bien, adelante. Ahora ya me ha roto el sueño...

—¿Oyó alguna vez el nombre de Frady Haines?

—Sí.

Casi se le escapó el auricular de las manos.

—¿Está segura?

—Claro que estoy segura. ¿Qué hay de raro en eso?

—Todavía no lo sé. ¿A quién oyó pronunciar ese nombre?

—A Curzio... Hablaba por teléfono.

—¿Con Haines?

—No, con alguno de sus amigos.

—Escuche, ¿le importaría que fuera ahora? Esto es algo sumamente importante.

—Señor Steward, ¿está ensayando un truco para...?

—Oh, no se trata de trucos ahora. ¿Puedo venir?

—Está bien... le espero.

Colgó de golpe. Eran más de las tres de la madrugada.

Capítulo IX

Llevaba un pijama de tenue seda y un salto de cama sobre los hombros. Era la más turbadora imagen que Matt había visto en su vida y acusó el impacto que le produjo la sugestiva visión.

—Deje que recobre el aliento —murmuró—. Si fuera cardíaco...

—No siga. Recuerde que ha venido por motivos serios.

—Sí... estaba a punto de olvidarlo. ¿Puedo preparar yo las bebidas?

—No para mí. Es demasiado pronto... o demasiado tarde, según cómo se mire.

Matt se acercó al mueble bar y se escanció una generosa dosis del excelente *whisky* que ya conocía. Aprovechó aquellos instantes para recobrar el aplomo, de modo que cuando fue a sentarse al lado de la joven sus nervios volvían a estar sosegados, aunque su corazón latía a un ritmo desacostumbrado.

—¿Por qué le ha asombrado que hubiera oído el nombre de Haines?

El bebió un sorbo. Luego respondió:

—Porque se trata de un tipo extremadamente peligroso. ¿Cuándo oyó esa conversación?

—No lo recuerdo con exactitud... debió ser al segundo o tercer día de ocupar este apartamento. Curzio llamó por teléfono desde aquí y en el curso de la conversación escuché ese nombre.

—¿Dónde estaba usted mientras él hablaba?

—En el dormitorio, terminando de arreglarme. Íbamos a cenar fuera, a pesar de que él estaba furioso.

—Un momento..., ¿recuerda si sonó algún otro nombre en esa conversación?

—No..., no lo creo.

—¿Y las palabras que él pronunció, puede recordarlas?

—Es difícil... se refirió a alguien llamándole bastardo...

—¿Podía decírselo al que estaba al teléfono?

—No; ya le he dicho que era uno de sus amigos a juzgar por cómo lo trataba.

—¿Qué más dijo, Vera?

—¿Por qué es tan importante esto, Matt?

—Todavía no lo sé muy bien, pero presiento que estamos al borde de algo grande. Siga, por favor.

—Bueno... es difícil que pueda recordarlo todo... sé que tuve la impresión que el otro estaba diciéndole que lo que fuera que estaban tratando, era un trabajo para Haines. Entonces Curzio gritó que no necesitaba a Haines que ya estaba harto y que lo haría él mismo... debió ser algo así, aunque no puedo estar segura.

Matt, evidentemente nervioso, vació el resto del *whisky* de un solo trago. Dejó el vaso sobre la mesita. Ella no apartaba de él sus ojos, sorprendida de su excitación.

—Matt —murmuró.

—Dígame.

—¿Qué significa todo esto?

—Ustedes, o por lo menos usted, ocupó este apartamento una semana antes de que Curzio fuera detenido. ¿No es así?

—Cinco o seis días antes...

—Ya veo...

—Por favor, no comprendo nada.

—Esa conversación... Curzio dijo que el trabajo lo haría él. ¿Sabe a qué trabajo se refería?

—Ya le he dicho que no capté más que retazos sueltos de la conversación.

—Sí, lo ha dicho... Y en realidad, él estaba diciendo que mataría personalmente a Alex Newby, su más peligroso rival en el hampa organizada. Y cumplió su promesa, porque lo mató y fue detenido por ello...

—¡Dios Santo! Entonces, ese Haines...

—Es un asesino a sueldo. Por eso el comunicante de Curzio le decía que era un trabajo para Haines... Pero Curzio odiaba demasiado a Newby para permitir que fuera otro quien acabara con él. Ahora es cuando las piezas empiezan a encajar en su puesto, pequeña...

—Pero es terrible, Matt..., si yo hubiese sabido eso...

—Ha sido mucho mejor que no lo supiera hasta ahora. No me explico cómo la han dejado tranquila después de eso. O quizá el socio que hablaba con él por teléfono no sabía que Curzio estaba aquí, con usted...

—No creo que lo supiera. El no le dijo desde dónde llamaba.

—No sabe usted la suerte que ha tenido, muchacha..., esos tipos no se detienen ante nada.

—Lo que no impide que usted trabaje para ellos.

El la miró. Sus facciones se endurecieron bruscamente.

—Para buscar a un asesino sí... porque tengo la esperanza de que sea uno de ellos. Si es así y cae en mis manos no escapará a la justicia por muchos picapleitos que tengan. Y encima habré cobrado dinero.

—Pero arriesga su vida, Matt..., si ellos saben sus intenciones...

—Bien, son riesgos del oficio —sonrió, y de nuevo su rostro recobró la expresión normal.

Ella susurró:

—Un oficio terrible a mi entender.

—A veces sí...

Después de una larga pausa, Vera dijo:

—He estado reflexionando mucho desde su primera visita, Matt.

—¿De veras?

—Creo que volveré a mi trabajo de modelo. Este apartamento pesa, más a cada minuto que pasa. Mientras viva en él, la gente, todo el mundo, seguirá teniéndome por una cualquiera, por la amante de un *gángster* muerto. Es algo muy desagradable.

—Me alegro que piense así, aunque por mi parte no es eso lo que pienso de usted. Incluso había dejado que mi vanidad masculina soñara con una cena en su compañía en un restaurante discreto y agradable. Uno a veces se imagina cosas que después no son realidad, ¿sabe?

—¿Por qué no puede ser realidad lo que pensaba?

—¿Quiere decir que aceptaría una invitación para cenar conmigo?

—Usted es un hombre agradable, seguro de sí mismo y que inspira seguridad. No puede decirse lo mismo de la mayoría de hombres que la invitan a una.

—Ésta es mi noche de sorpresa. ¿Cuándo, Vera?

—Bien..., tal vez mañana noche... Hoy noche, mejor dicho. Está amaneciendo.

—¿Lamenta que haya interrumpido su sueño?

—Debería decir que sí y usted lo sabe.

—Pero no lo dice.

Ella negó con un movimiento de cabeza. Matt creyó que comenzaba a flotar entre nubes de algodón.

—Espero que no surja nada inesperado que estropee nuestra primera cita... Esta noche vendré a buscarla.

—Es usted un hombre extraño, Matt, aunque supongo que eso ya lo sabe.

—Usted es quien lo dice.

—No es la clase de hombre que las mujeres están acostumbradas a tratar. Por lo menos, las mujeres como yo.

—¿Cómo son los hombres que las mujeres como usted están acostumbradas a tratar? —rió el detective.

—Bueno..., unos son de la raza de Curzio. No es preciso que le hable de sus métodos, de sus brutalidades... Los otros no sé si son mejores o peores. Petimetres elegantes, engréidos, con su coche deportivo pagado por papá esperándoles a la puerta a todas horas. Ésos, cuando están al lado de una chica, no tienen tiempo más que para hablar de sí mismo, pregonando lo grandes, lo inteligentes, lo riquísimos que son...

—No quedan muy bien parados después de esta autopsia...

Ella se echó a reír. Matt sintió escalofríos al fijarse en aquellos labios sin maquillar, húmedos y frescos como un manantial en el desierto... Se echó atrás y murmuró con voz ronca:

—Continúo. Me interesan sus teorías.

—¿Se da cuenta? En eso también es diferente a ellos. A usted le interesa escuchar a la chica. Eso nos gusta, ¿sabe? Además, algo que hay en usted contribuye al conjunto de... digamos duros atractivos.

—¿Qué le hace tener esas ideas, Vera?

—No lo sé exactamente. Quizá es la forma en que sonrío..., aunque no sonría en realidad. Pero una tiene la sensación de que puede sonreír siempre y eso nos encanta. No es frecuente encontrar gente con sentido del humor. Después podemos tomar sus ojos por ejemplo —se interrumpió para reír un poco forzadamente, como si

se tratara de un juego. Pero prosiguió hablando rápidamente—: Mira usted a una mujer y sus ojos parecen decir: «Puedo amarte o despreciarte. Puedo tomarte o dejarte». La mayoría de mujeres no resisten esa experiencia.

—Me doy cuenta de lo complejas que son ustedes, las mujeres hermosas...

—¿Sí?

—Está bien, en estos momentos mis ojos dicen que quiero amarte..., o quizá sólo dicen que ansío besarte..., ¿es un lenguaje inteligible?

—Tal vez demasiado, Matt.

La rodeó con sus brazos. Ella no hizo nada por resistirse y se dejó atraer como succionada por un remolino. De repente, sintió sobre los suyos los labios del hombre y creyó desfallecer. Cerró los ojos.

—Matt... —murmuró.

—Ahora no necesitamos teorías, pequeña...

De nuevo sus labios se unieron. Todo pareció detenerse a su alrededor..., excepto el placer del beso.

Capítulo X

Los cuatro hombres miraron al detective como si le creyeran loco. Gonnet, con la boca monstruosamente hinchada, soltó un soez insulto, mientras los demás no atinaban a replicar.

Finalmente, Parkin gruñó:

—Usted se ha vuelto loco, hombre. ¿De dónde ha sacado semejante idea?

—Tengo medios de investigar, ¿lo habían olvidado? Y cuando investigo lo hago a fondo, con todas las consecuencias.

—No lo entiendo. —Parkin estaba rígido cuando se volvió a los demás, preguntándoles—: ¿Alguno de vosotros ha oído nunca ese nombre?

Todos sacudieron enérgicamente la cabeza. Jacob Mandra dijo con su voz sepulcral:

—Fradý Haines... es un nombre como otro cualquiera para mí.

—Excepto que es el de un asesino a sueldo —replicó Matt con calma.

—¿Hemos de entender que usted nos relaciona con él?

Parkin había adelantado la barbilla agresivamente. Una actitud que no cuadraba en su aspecto pulcro.

—Relaciono a uno de ustedes con él. Uno que «sí» oyó ese nombre de labios de Curzio en una conversación que mantuvo por teléfono. ¿Cuál de ustedes fue, caballeros?

Gonnet dijo:

—No sé lo que opináis vosotros, pero por mi parte, creo que deberíamos echar a este tipo escaleras abajo.

—¿Además de la boca, quiere que le rompa la nariz ahora?

—Inténtelo y...

La mano de Gonnet desapareció bajo la solapa. Parkin dio un salto y se interpuso entre los dos, rojo de ira.

—¡Ya basta, maldita sea! —aulló.

Matt no se había movido. Gonnet retrocedió a regañadientes. El abogado, después de un silencio, habló con acanto profesional.

—Mire, Steward; no nos gusta que venga aquí con ánimo de acusar a uno de nosotros. Le pagamos bien para que trabaje a nuestro favor, no para que venga a sembrar cizaña. ¿Entiende?

—Todo lo que yo he dicho ha sido preguntar quién de ustedes conoce o ha oído hablar de Haines. Nada más. Y sólo por eso Gonnet echa mano a la artillería y ustedes están dispuestos a despellejarme... Es una reacción sorprendente en extremo.

—Bien, usted dice que uno de nosotros conoce a Haines. Tal vez sea cierto, pero nos gustaría saber qué demonios de relación hay entre Haines y la muerte de Curzio. ¿Pretende insinuar que ese Haines, sea quien sea, lo mató?

—No.

—¡Maldita sea, suéltelo de una vez! ¿Qué pasa con Haines?

—Curzio sostuvo una conversación telefónica con uno de sus socios. Ese socio le aconsejó que el trabajo era indicado para Haines, pero Curzio replicó que ya estaba harto de Newby y que haría el trabajo él mismo. Al diablo con Haines... Un día o dos después, mató a Newby.

Malloy, el más silencioso de los cuatro, advirtió:

—Está pasándose de rosca, físgón... No es el asesinato de Newby que se le encargó investigar, sino el de Curzio. ¿O no lo entendió así?

—Para sacar un solo hilo hay que revolver toda la madeja.

Parkin respiró aceleradamente. Semejaba un fuelle.

—¿Cómo ha llegado a la conclusión de que Curzio sostuvo esa charla tan interesante?

Le tocó a Matt tragar aire con cierta dificultad antes de hablar. Y cuando lo hizo sus ojos estaban recorriendo a los miembros del grupo pausadamente:

—Ustedes olvidan que las mujeres tienen una memoria extraordinaria..., como olvidan generalmente los pequeños detalles. Y esos pequeños detalles son los que llevan a más gente a la cárcel. Ya deberían saberlo.

—De modo que... —Parkin se interrumpió. Todos se miraron, estupefactos.

Para acabar de aturdirlos, Matt añadió:

—Curzio mantuvo la charla telefónica desde el nuevo apartamento que había montado para su amor. Eso les demostrará que no era inteligente como él mismo se creía.

—Está bien, ese nombre sonó a través del teléfono. Lo que pongo en duda es que fuera uno de nosotros el que estuviera hablando con Curzio. Es más, Steward; no puedo creerlo.

—Allá usted, Parkin. Yo he presentado mi primer informe y he formulado algunas preguntas que necesitaba aclarar. Ahora creo que sé a qué atenerme.

—Siga con el asunto, pero sin querer pasarse de listo, Steward. Le hemos repetido varias veces que ninguno de nosotros mató a Curzio. Temo que si sigue el camino emprendido no consiga avanzar mucho en su investigación. Como abogado, yo...

—Como abogado, usted, podrá enseñarme qué hay que hacer frente a un jurado. Mi trabajo es cosa mía. Buenas tardes.

Giró como una peonza y abandonó el despacho dejando a cuatro estupefactos hampones tras sí.

* * *

No fue una cena tan agradable como los dos hubieran querido. Pero una sombra invisible se interponía entre su alegría habitual y la inquietud de la noche.

—Creo que debemos volver, Matt..., es muy tarde.

El la tomó del brazo y ambos se encaminaron a la salida. Fuera les esperaba su coche. Montaron en él y emprendieron el camino de vuelta a casa de ella.

Durante todo el trayecto apenas si cambiaron una palabra. Los ojos del detective semejaban puntos de luz en la oscuridad, escrutando las calles, el espejito retrovisor y los demás coches que les adelantaban.

Luego, al llegar, ella suspiró.

—Matt..., te quiero.

—Vera..., te quiero. Pienso que debía decírtelo otra vez, puesto que ya hace más de una hora que lo he repetido por milésima vez.

—¿De veras estás de humor, o sólo tratas de animarme?

—¿Por qué tendría que animarte? Eres un encanto, yo te amo y

cada vez que pienso en tus labios me tiemblan las rodillas. Tienes todo lo que necesitas para volver loco a cualquier hombre. ¿Crees que tienes algo de qué preocuparte?

—Está bien, tú ganas.

El apartamento estaba oscuro y caliente. Matt abrió el ventanal que se abría sobre la calle, veinte pisos más abajo. Luego se volvió a la muchacha.

—¿Cuánto tiempo hace que no me has besado, linda?

—Siglos.

Corrió a sus brazos y se refugió en ellos como una niña asustada. Un largo beso pareció calmar sus nervios.

Entonces llamaron suavemente a la puerta. Ella ahogó un gemido.

—Cálmate, es Levering.

Abrió y el teniente entró precipitadamente, cerrando a sus espaldas.

—Todo está tranquilo. Tengo los huesos encajados de permanecer inmóvil en esa condenada escalera... ¿Todo bien hasta ahora?

—Perfecto.

—¿Crees que vendrá?

—Seguro..., o él u otro cualquiera. Pero tendremos visita.

Levering masculló algo ininteligible. Luego advirtió:

—Será mejor que te limpies la cara, Matt..., tienes algo rojo en ella. Después, la chica puede irse a dormir.

—Eres muy amable.

Pero borró las huellas de *rouge* con el pañuelo y acompañó a Vera hacia la habitación interior. Antes de separarse la besó larga y apasionadamente, de modo que hizo inútil el trabajo efectuado con el pañuelo.

Ella susurró, juntas sus bocas:

—¿Crees que podré dormir, Matt?

—Inténtalo por lo menos. No salgas pase lo que pase.

—Tengo tanto miedo...

El trató de quitarle el miedo con otro beso. Luego cerró la puerta y volvió al lado del teniente, utilizando el pañuelo una vez más.

—Manos a la obra —masculló Levering.

Ambos manipularon en la gran cama del dormitorio principal.

Cuando se apartaron de ella, el bulto de un cuerpo dormido era perfectamente visible en la oscuridad.

—El detalle final —rezongó el policía.

Sacó un envoltorio del bolsillo, lo abrió y apareció una hermosa peluca rubia. Rió entre dientes mientras la acomodaba sobre la almohada, completando así la impresión de realidad de aquella trampa mortal.

—Muy bien, Matt. A tu sitio. Y recuerda que ésta es una idea tuya. No me falles.

—Cierra el pico, polizonte.

En unos segundos ambos desaparecieron. Matt tendido detrás del diván, que habían colocado estratégicamente. En cuanto al teniente, abrió la puerta del baño, se colocó dentro y la dejó entornada, con una rendija para que pudiera ver a través de ella.

Así comenzaron a deslizarse las horas, largas, interminables, cargadas de tensión, de mortal angustia.

En su escondrijo, Matt no cesaba de pensar en la muchacha. Reconoció que jamás había sentido aquel anhelo, aquella pasión por ninguna otra mujer. Si vivir pendiente de ella, evocando su imagen continuamente, era amor, entonces, se dijo, él se había enamorado como un cadete...

—A mis años —refunfuñó.

Pegó un respingo al escuchar su propio murmullo. Deseó que Levering no lo hubiese oído, de lo contrario, tendría que soportar sus sangrientas burlas.

No obstante, siguió pensando en Vera, y en los labios de la muchacha, y en el fuego arrollador de sus besos...

Entonces sonó un leve chasquido en la cerradura de la puerta y sus nervios dieron un tirón. Empuñó el revólver y esperó conteniendo el aliento.

Capítulo XI

A la luz de las estrellas, tenue resplandor que entraba por el ventanal abierto, Matt distinguió la oscura silueta de un hombre de mediana estatura, rechoncho y pesado. Pero se movía con extraordinaria habilidad para evitar todo ruido delator.

De repente, escondió la cabeza al ver brillar un delgado rayo de luz de una mano invisible. Una linterna eléctrica tipo pluma, pensó.

La luz cabrilleó un instante por el suelo, pasó rápidamente por la cama y se apagó. Ahora, el asesino ya sabía dónde estaba su víctima.

Avanzó con más soltura al haber localizado los muebles. Pasó muy cerca del diván detrás del cual Matt contenía la respiración. Cuando hubo pasado volvió a asomar un ojo.

El asesino se detuvo al lado del lecho. Su mano se elevó y un relámpago de plata brilló un instante. Luego, la hoja de acero descendió como un rayo, hundiéndose en la inmóvil forma del lecho. Entonces, Matt se irguió de un salto.

—¡Magnífico, Haines! Estás atrapado.

El frustrado criminal dejó escapar un rugido y se revolvió como una fiera, con una agilidad que el detective no le pudo suponer. Instantáneamente, de su mano surgió un fogonazo y sonó un «pop» sordo. La bala pasó demasiado alta.

Matt gritó nuevamente:

—¡Entréguese, Haines, no tiene escapatoria! Suelte el arma y...

Otro balazo, éste más próximo, obligó a Matt a dejarse caer de rodillas del diván. Entonces disparó, y su revólver desprovisto de silenciador estalló como un trueno entre aquellas paredes.

El hombre dio un salto hacia la salida. Entonces, desde la puerta del baño, Levering gritó:

—¡Está rodeado, Haines, no nos obligue a matarlo!

Acorralado, el pistolero se revolvió, frenético, disparando locamente su arma silenciosa. Las balas aullaban al rebotar en las paredes. Por encima de Matt, una arrancó estuco suficiente para casi cegarle.

Desde el cuarto de baño, el «45» del teniente emitió un tremendo estampido. El asesino aulló al sentir el enorme plomo astillarle el hueso del hombro.

Y entonces hizo algo que ninguno de los dos había previsto. Retrocedió hacia la cama, la rodeó a saltos, y brincando como un mono se lanzó por la ventana al vacío, desapareciendo en la noche sin un grito.

Paralizados de espanto, Matt y el teniente ni siquiera lograron reaccionar a tiempo de acudir a la ventana. Oyeron, lejano, un sordo golpe, y eso pareció devolverles la agilidad.

—¡El muy imbécil! —bramó Levering, asomándose.

Abajo, a la pálida luz de un farol, distinguió un bulto informe. Todo el vecindario se había alborotado a causa de los disparos. Alguien corría hacia el bulto estrellado en la acera.

Matt maldecía monótonamente, con voz sorda. Levering le sacudió con violencia.

—¡Cállate de una vez! No ha sido posible evitarlo.

—¿Crees que lamento que se haya hecho papilla abajo? —rugió el detective—. ¡Al demonio con él! Era un asesino frío y sanguinario. Pero yo pensaba obligarle a hablar aunque hubiera tenido que arrancarle la piel a tiras. ¿Qué va a decirnos ahora?

—Está bien, cálmate...

La voz de la muchacha les llegó entre sollozos histéricos, aterrorizada por los estampidos.

—¡Matt! —gritó.

El corrió hacia ella. Vera se colgó materialmente de su cuello y él la obligó a volver atrás para que no viera el cuchillo hundido en el bulto de la cama.

Desde la puerta, Levering advirtió:

—Voy abajo, Matt. Reúnete conmigo cuando puedas.

Sonó un portazo. Entonces ella le besó. Todo el miedo de la noche, toda la tensión soportada, todo el amor que sentía desbordó de sus labios en una caricia interminable.

Habían pasado varias horas. Los periódicos publicaban fotografías del cuerpo despanzurrado en la acera dando cuenta de que había encontrado la muerte al caer desde la ventana, donde le había descubierto un patrullero. No decían una palabra de la bala que había astillado los huesos de su hombro, ni de la encerrona preparada por la policía...

En realidad, los reporteros se limitaban a publicar lo que el teniente les había facilitado. El nombre del asaltante era Frady Haines, y se suponía que se trataba de un ladrón.

La impresión de aquellos reportajes era de que la policía no había concedido más importancia al caso. Un asunto rutinario, resuelto por sí mismo. Al día siguiente ya no hablarían para nada de Frady Haines...

Matt arrojó el periódico a un lado. El teniente, desde el otro lado de la mesa, masculló:

—No saldrá bien. Nunca salen bien estas cosas cuando se intentan por segunda vez.

—Espera a que salgan los periódicos de la tarde. El fulano leerá que el apartamento que Haines intentó asaltar pertenece a Vera, y que ésta fue amiga de Curzio... Eso le hará pensar mucho.

—Seguro. Y se esconderá en el fondo de la tierra antes de arriesgarse.

—No si es un tipo como yo lo imagino.

—Está bien, intentarlo no cuesta nada.

—¿No lo comprendes? Fracasado su asesino a sueldo, no le quedará más remedio que matar con su propia mano.

—Supongamos que logramos cazarlo... ¿Qué adelantaremos con eso? Sólo podremos acusarle de intento de asesinato...

—Tal vez. Pero ese tipo, sea quien sea, es quien pagó a Haines para que asesinara a Curzio. Y no sólo por el millón y medio, sino porque ambicionaba el poder de Curzio..., quería su imperio, dominar a los demás... o librarse de ellos si era preciso. Pero no creo que hubiese tenido necesidad de llegar a tanto...

—Cualquiera creería que sabes quién es, Matt...

—Tal vez lo sepa.

—¿Qué?

—El que yo tenga una idea no significa que podamos detener a nuestro hombre.

—No, claro, pero si estoy jugándome el puesto por ti, quiero saber lo mismo que tú. ¿Quién es tu candidato?

Matt se encogió de hombros.

—En realidad, tengo dos: Parkin y Gonnet. Los otros no tienen talla para manejar un asunto como éste, ni para cargar con la responsabilidad que representa la dirección del hampa...

—¿Sabes qué te digo? Me gustaría que fuera el picapleitos... Me revuelve el estómago ese tipo.

—¿Qué más da? Después de esta noche, si todo sale como pienso, todos ellos tendrán demasiados quebraderos de cabeza para ocuparse de negocios..., van a estar una temporada muy ocupados en ponerse a salvo...

Tras una pausa, Levering masculló:

—Me admira esa chica, Matt... Tiene los nervios destrozados, pero quiere seguir el juego hasta el final... Nunca entenderé a las mujeres, palabra.

—Vera quiere terminar con esto cuanto antes, lo mismo que yo.

—¿Por qué?

—Vamos a casarnos, Levering.

El policía dio un salto, estupefacto.

—¿Casarte... tú? —bufó.

—Seguro. ¿Por qué no?

—Que me ahorquen..., nunca lo hubiera creído, conociéndote.

—Di algo así delante de ella y serás tú quien salte por la ventana. ¿Estarás preparado cuándo te llame?

—Por supuesto.

—Bueno, me voy al despacho. He de seguir demostrando que trabajo.

Salió y el teniente se quedó con la mirada fija en la puerta cerrada. Poco a poco, una sonrisa empezó a asomar a sus labios. Le costaba convencerse de que Matt Steward se había dejado cazar al fin..., era divertido después de todo.

* * *

Era como si no hubieran pasado las horas. La oscuridad completa

del apartamento. El falso cuerpo y la peluca rubia en la cama...

Y los personajes cada uno ocupando su puesto, como actores en un bien ensayado drama.

Matt estaba seguro que si alguien había estado vigilando el apartamento desde la calle, habría visto cómo entraban, y cómo después él volvía a salir. Lo que ya no habría visto el presunto espía, era el rodeo que había dado para volver a entrar al edificio por la puerta de servicio.

Y allí estaban, igual que la noche anterior. Todos los periódicos habían aventado el descubrimiento recién hecho: la identidad de la ocupante del departamento. Incluso, por medios misteriosos, algunos se habían hecho con una fotografía de Vera y la publicaban en primera página...

Una vez más, las horas se eternizaban dentro de la habitación, ya que incluso la ventana estaba cerrada, de modo que el lejano rumor del tráfico quedaba ahogado.

La espera se prolongó mucho más tiempo que la primera vez. Matt comenzó a pensar que quizá había pecado de optimista al creer que el hombre acudiría.

Pero no cabía dudar del interés del que fuera para silenciar a Vera. El no sabía si ella se había enterado en aquella ocasión de la identidad del hombre que hablaba con Curzio... No podía correr el riesgo de que ella siguiera viva, exponiéndose a que el asunto explotara cuando menos pudiera sospecharlo.

Vendría, seguro.

Pero ¿y si no venía?

Sería insoportable una situación semejante, prolongándose días y noches...

Las manecillas fluorescentes de su reloj de pulsera señalaban las tres y veinte minutos de la madrugada cuando una llave se introdujo en la cerradura. Una llave que giró con infinitesimal lentitud, apenas audible en el terrible silencio.

Luego, los pasos quedos de unos pies sobre las alfombras... y una negra forma destacándose contra la oscuridad reinante.

Matt se dio cuenta que el intruso conocía perfectamente al apartamento. No necesitó luz para avanzar hacia donde estaba la cama. Y lo hizo sin tropezar con los muebles, con lenta, pero absoluta seguridad.

Trató de identificarlo en las sombras, pero no le fue posible. Llevaba un sombrero calado sobre los ojos y un traje oscuro, o negro.

Cuando hubo rebasado su posición, Matt comenzó a erguirse despacio, los músculos tensos y los sentidos prestos a la lucha.

El asesino llegó cerca de la cama. Ni siquiera se acercó a la inmóvil forma aparentemente dormida. Extendió el brazo derecho y una sucesión de fogonazos anunciaron otros tantos disparos con silenciador. Los sordos estampidos, débiles a pesar del silencio, permitieron a Matt contar las balas que el criminal incrustaba en la cama... Seis.

Si era un revólver debía tenerlo vacío. Pero si se trataba de una automática todavía podían quedarle hasta tres proyectiles, según el calibre del arma.

El desconocido estuvo unos segundos contemplando su obra. Luego dio la vuelta disponiéndose a salir. Fue entonces que el detective le espetó:

—También tú has mordido el anzuelo... Tienes dos pistolas cubriéndote, de modo que...

El hombre no se movió, igual que petrificado. Matt adivinó que sus ojos intentaban perforar las sombras para descubrir de dónde llegaba la voz exactamente...

Entonces el teniente recitó su parte del papel y el asesino dio la impresión de que iba a echar a correr. El revólver de Matt no se apartaba un instante de la silueta negra.

—¡Levante los brazos! —ordenó el teniente—. No quiera terminar como su compinche de anoche...

Inesperadamente, el asaltante disparó una vez más contra el lugar donde sonaba la voz. El teniente dejó escapar un grito de dolor y el ruido de su cuerpo al caer electrizó salvajemente a Matt.

—¡Maldito hijo de perra, lo has matado! —bramó.

Su voluntad apenas intervino en los acontecimientos que siguieron. Fue de manera instintiva que bajó un poco el cañón del revólver. Y también de manera instintiva comenzó a disparar su «38» a tanta velocidad como le permitió el movimiento del percutor.

El horrísimo, interminable estruendo, le aturdió. Incluso cuando el gatillo cayó sobre una cápsula vacía, el detective siguió

presionándolo antes de darse cuenta que había vaciado su arma.

Entonces se precipitó hacia la luz, la encendió y cayó de rodillas junto al corpachón del teniente, desentendiéndose del criminal.

Vio que los párpados del policía aleteaban débilmente. Tenía un buen agujero en un costado.

—¡Levering! —gritó—. ¿Me oyes, maldito tonto?

Al fin, aquellos ojos se abrieron. Levering hizo una mueca.

—Me han averiado, muchacho..., mala suerte... ¿Y él?

—Tiene toda la carga de mi revólver en el cuerpo...

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¡Matt!

—Bueno, creí que estabas muerto... Ahora llamaré al doctor, y una ambulancia...

—Bueno será que te des prisa..., estoy sin sangre...

De un salto se precipitó al teléfono. Confusamente, en una visión delirante, vio al hombre que se movía débilmente, gimiendo sin fuerzas, con los ojos desorbitados..., era Gonnet, el miembro elegante del hampa organizada.

También vio al mismo tiempo a Vera que sollozaba apoyada en el umbral de la habitación.

—¡Cuida de él! —le gritó Matt, cuando en el teléfono sonaba ya la voz del médico...

* * *

Ella miró a su alrededor. Luego murmuró:

—Esto es una leonera, querido... Vas a tener que aprender a dejar las cosas mejor ordenadas de ahora en adelante...

—Empiezo a reconsiderar mi idea de casarme contigo, linda...

—Por eso quiero que nos casemos inmediatamente —rió la muchacha, girando como una peonza, incapaz de contener su alegría.

—No puede ser —replicó Matt—. Por lo menos, hasta que Levering salga del hospital..., está empeñado en ser el padrino...

—Ya me dijo algo de eso. —Vera se detuvo y pasó los brazos en torno al cuello del detective—. ¿Sabes cuál es su idea, realmente?

—Dímelo tú...

—Levering quiere asegurarse de que no escapas en el último minuto. No se fía de ti y quiere estar cerca para evitar que salgas corriendo de la iglesia antes de decir «sí».

—Ya veo..., una conspiración. Delito penado por la ley... Voy a imponerte la condena...

Se abrazaron estrechamente, sin sombras ni temores en el futuro, con honda emoción que ninguno de los dos trató de disimular.

Al fin dejaron de besarse para recobrar el aliento.

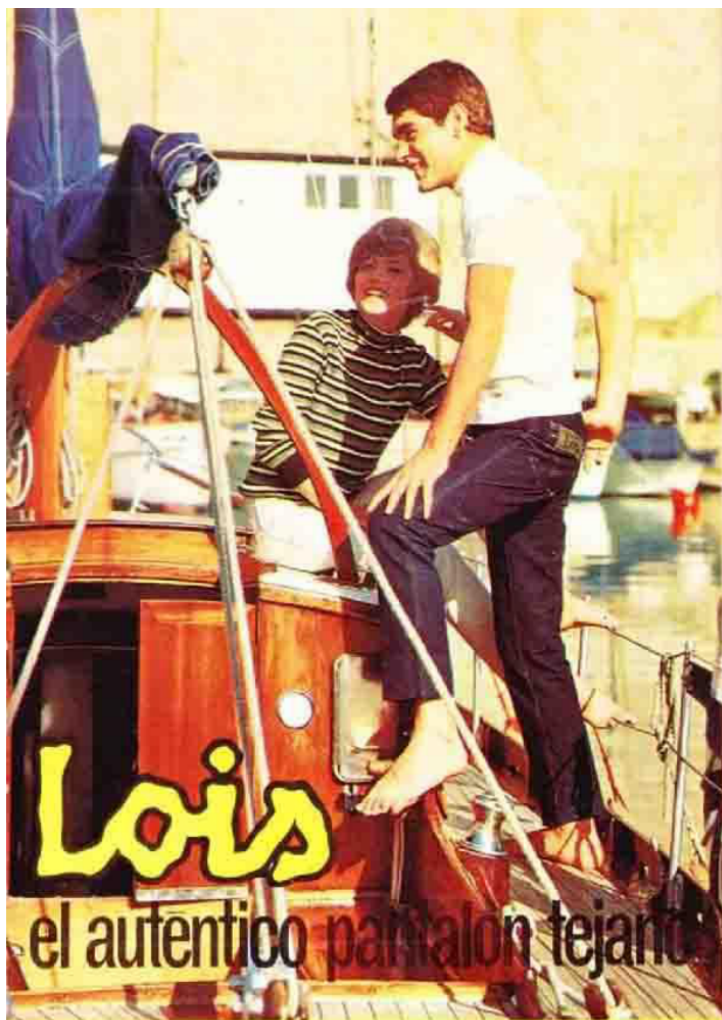
—Te quiero, Matt —susurró ella.

—Te quiero, linda...

Eso fue todo.

Mejor dicho, fue el principio de todo...

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

